



ACETA

del Fondo de Cultura Económica

• OCTAVIO PAZ •

Tomo 12 de las *Obras completas*
Obra poética II (1969-1998)

Sobre el día del niño

• Andrea Fuentes,
Juana Inés Dehesa,
Jorge Larrosa y David Post

70 años de

El Trimestre Económico

• Fausto Hernández Trillo,
Graciela Márquez
y Sarah Babb



Día Internacional del Libro

Robert Darnton • Denis Diderot
Christian Vandendorpe • Thomas Woll





del Fondo de Cultura Económica

DIRECTORA GENERAL
Consuelo Sáizar Guerrero

DIRECTOR
Tomás Granados Salinas

CONSEJO
DE REDACCIÓN
Adolfo Castañón,
Joaquín Díez-Canedo Flores,
María del Carmen Farías,
Francisco Hinojosa,
Ricardo Nudelman
ARGENTINA: Alejandro Katz
BRASIL: Isaac Vinic
CHILE: Julio Sau Aguayo
COLOMBIA: Juan Camilo Sierra
ESPAÑA: Juan Guillermo López
GUATEMALA: Sagrario Castellanos
PERÚ: Carlos Maza
VENEZUELA: Pedro Tucát

PRODUCCIÓN
Snark Editores, S. A. de C. V.
IMPRESIÓN
Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V.



La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: Tomás Granados Salinas. Certificado de Licitud de Título número 8635 y de Licitud de Contenido número 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, de fecha 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PP09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico: lagacetafce@fce.com.mx

SUMARIO ABRIL, 2004

ROBERT DARNTON: Edición y subversión • 3
DENIS DIDEROT: Carta sobre el comercio de libros • 5
CHRISTIAN VANDENDORPE: Fronteras del libro • 6
THOMAS WOLL: Editar para ganar • 9



OBRA POÉTICA II (1969-1998)

OCTAVIO PAZ: Preliminar • 12
OCTAVIO PAZ Y FOUAD EL-ÉTR: Festín lunar • 12
OCTAVIO PAZ: Carta de creencia • 13
PERE GIMFERRER: Himno de invierno
[Traducción de Octavio Paz] • 17
THÉOPHILE DE VIAU: Soneto [Traducción de Octavio Paz] • 18



ANDREA FUENTES Y JUANA INÉS DEHESA:
Metamorfosis en el libro para niños y jóvenes • 19
JORGE LARROSA: Qué es leer • 20
DAVID POST: Estudiar y trabajar en la infancia • 22
FAUSTO HERNÁNDEZ TRILLO: Siete décadas
de *El Trimestre Económico* • 24
GRACIELA MÁRQUEZ: Primeros trimestres • 26
SARAH BABB: *El Trimestre Económico* como termómetro • 29



Ilustración de la página 11 de Rafael Ruiz Moreno
Ilustraciones tomadas del libro de Massin
La lettre et l'image, Editions Gallimard, 1993

ABRIL, 2004 SUMARIO

Edición y subversión

☞ **Robert Darnton**

► **Los poderes públicos y los particulares que escriben libros, los editan y comercian con ellos saben cuánto de arma hay en la palabra impresa. En su fascinante *Edición y subversión. Literatura clandestina en el antiguo régimen, coeditado por el FCE y Turner en la colección Noema, el perspicaz historiador estadounidense busca, y encuentra, muchas agujas clandestinas en el pajar literario de la Francia del siglo XVIII.***

Este libro reconstruye los fragmentos de un mundo que se desmoronó en el siglo XVIII. Era un mundo —o un submundo— que vivía de la producción y difusión de literatura ilegal en la Francia prerrevolucionaria. En su momento era invisible salvo para los iniciados y desde entonces ha sido sepultado hasta tal punto por la historia que a simple vista parece imposible de recuperar. Entonces, ¿por qué intentarlo?

En primer lugar diré que la reconstrucción de mundos pasados es una de las tareas más importantes del historiador. Y la emprende no por un extraño afán de rescatar archivos u hojear viejos escritos, sino porque quiere hablar con los muertos. Preguntando a los documentos y escuchando sus respuestas, puede estudiar las almas de los muertos y evaluar las sociedades en que vivieron. Si abandonamos todo contacto con los mundos perdidos nos condenamos a vivir en un mundo bidimensional y abocado al olvido, y nuestro propio mundo se volvería plano.

Tal vez ésta sea una manera demasiado grandilocuente de introducir un libro sobre los gacetilleros, editores pirata y comerciantes clandestinos de libros prohibidos de Grub Street.¹ Pero el tema tiene más importancia de lo que parece;

y es que la literatura prohibida ha sido una constante en la historia, y lo es aún hoy día, como bien sabe cualquiera que haya visto el *samizdat*² y la “universidad volante”³ convivir con los campos de concentración en Europa del este. La clandestinidad fue especialmente importante en el siglo XVIII, cuando la censura, la policía y un gremio monopolista de libreros trataban de confinar el mundo de la letra impresa en los límites de la ortodoxia oficial. Cuando transmitía ideas heterodoxas, la palabra se propagaba de forma clandestina. ¿Pero cómo? Los historiadores saben muy poco acerca de cómo se escribía, imprimía, distribuía y leía la literatura autorizada por el antiguo régimen. Y saben todavía menos sobre libros prohibidos. Y sin embargo casi todo lo que se considera hoy literatura francesa del siglo XVIII circulaba entonces en los márgenes de la legalidad. Este libro es un recorrido por esos circuitos.

Logré descubrirlos porque a mediados de los años sesenta me encontré con el sueño de cualquier historiador: un enorme depósito de archivos intactos, los papeles de la Société Typographique de Neuchâtel en la biblioteca municipal de Neuchâtel, Suiza. La Société Typographique fue una de las grandes editoriales surgidas en las regiones fronterizas con Francia como respuesta a la demanda de libros prohibidos en ediciones pirata dentro del reino. Sus papeles constituyen la más rica fuente de información que existe sobre la edición en el siglo XVIII. Tras estudiarlos decidí consultar fuentes complementarias en Francia: archivos de la policía, de la Bastilla y del gremio de libreros, y después escribir una serie de estudios sobre el libro como catalizador en la Europa del siglo XVIII. La primera entrega, *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Enciclopedia, 1775-1800*,⁴ se publicó en 1979. Ésta es la segunda.

Tras investigar todo lo que me fue posible la clandestinidad literaria llegué

Con dos varas puede medirse la vida de una publicación periódica: el tiempo y el número de ediciones. Si en septiembre de este año, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* alcanzará el medio siglo de existencia, con este número de abril hemos llegado a una cifra festiva: 400 ediciones. En estas cuatro centenas, *La Gaceta* ha intentado siempre balancear la difusión de las obras publicadas por el FCE con la crítica en sentido lato, la difusión de la literatura con el debate de las ideas que interesan a la casa editorial.

Con este número centenario celebramos asimismo la aparición del duodécimo tomo de las *Obras completas* de Octavio Paz, que contiene los poemas propios, colectivos y traducidos que Paz escribió entre 1969 y 1998. La porción central de este número toma de ese volumen una variedad de ejemplos del poliédrico trabajo poético del fundador de *Plural* y *Vuelta*. Arbitraria como toda selección, esas páginas son no sólo el homenaje que hacemos desde *La Gaceta* sino, sobre todo, una invitación a acercarse al volumen entero.

Este mes contiene dos fechas que atañen medularmente al FCE. El 23 se celebra, a instancias de la UNESCO, el día internacional del libro y del derecho de autor, y una semana después los niños son destinatarios de un festejo. Al ser la sangre que anima a esta casa, no es raro que entre nuestras novedades haya obras que se ocupan del fenómeno del libro: su historia, sus evoluciones, su naturaleza comercial; en la primera porción de este número hay ejemplos de esas miradas. Y más adelante el lector encontrará dos puntos de vista, contrastantes, sobre la infancia: a la esperanzadora función de los promotores de lectura enfrentamos la áspera realidad de los niños y jóvenes que deben compatibilizar estudio y trabajo. Con este juego de espejos que se da en su catálogo, el FCE muestra su vocación por estudiar e incidir en la realidad social en que está inmerso.

Finalmente, este número se cierra con un cumpleaños, el de las siete décadas de *El Trimestre Económico*, celebrado apenas en enero. El mismo espíritu que animó el surgimiento de esa revista estuvo presente al nacer el FCE, y aunque la casa ha llevado sus intereses más allá de la economía que late en su nombre el nexo se mantiene. Vaya un abrazo de felicitación de los hacedores de *La Gaceta* a nuestra publicación hermana.

a la conclusión de que sería más fácil describirla a través de una serie de retratos antes que con un panorama general. El retrato histórico permite atrapar a los hombres en movimiento, examinar episodios bajo una nueva luz y estudiar sus complejidades bajo nuevos ángulos. También da la oportunidad de descubrir nuevas variedades humanas en el curso de la investigación. Mientras trabajaba con los archivos, expediente por expediente, carta por carta (hay 50 mil cartas en la colección de Neuchâtel), me asaltaba una y otra vez la sensación de que sus protagonistas emergían desde la oscuridad y adquirían forma corpórea escribiendo, imprimiendo o vendiendo libros. Es una experiencia extraordinaria abrir un archivo de cincuenta o cien cartas que han permanecido sin leer desde el siglo XVIII. ¿Proceden de una buhardilla parisina, donde un joven autor emborriona páginas sin descanso, su mente dividida entre la visión del Parnaso y las amenazas de su casera desde el piso de abajo? ¿Narrarán las fatigas de un fabricante de papel en un perdido pueblo de montaña mientras maldice el mal tiempo que ha estropeado su material y a los traperos por extraviar los pedidos? Tal vez habrá que leer en voz alta sus garabatos semiilegibles para que el oído pueda percibir mensajes que escapan al oído y una imagen de clandestinidad se perfila claramente. Quizá nos trasladen hasta un taller donde los operarios sudan junto a las prensas, o bajo mostradores donde se apilan libros prohibidos, o por rutas que los vendedores recorren a caballo difundiendo la ilustración, o por grandes ríos hasta los puertos de Amsterdam o Marsella o mercados remotos en Lisboa, Nápoles, Francfort, Leipzig, Varsovia, Budapest o Moscú.

Las cartas podrían proceder de cualquier lugar y revelar cualquier cosa, ya que están llenas de sorpresas. Justo cuando uno piensa que su autor está a punto de hacer fortuna, una *lettre de cachet*⁵ lo obliga a abandonar su ciudad. Justo cuando un cargamento de libros está a punto de llegar a su destino, es interceptado por las autoridades portuarias. El hombre de negocios se convierte en estafador; el filósofo, en confidente de la policía. Los personajes se transforman ante nuestros propios ojos a medida que las intrigas de los editores se esclarecen y los carros cargados de libros re-



corren traqueteando el continente. El mundo de la edición tenía su propia *comédie humaine*, tan rica y compleja que no puede resumirse en las páginas de un solo libro. Así que he tratado de esbozar sus secretos más interesantes, dejando el estudio sistemático para obras posteriores.

Al investigar los barrocos personajes que poblaban el submundo literario me encontré con algunos de los problemas clásicos del historiador. ¿Hasta qué punto penetró la ilustración en la sociedad francesa? ¿En qué medida contribuyeron las ideas radicales a la destrucción del antiguo régimen? ¿Y qué conexión hubo entre ilustración y revolución en Francia? Cuando se examinan de nuevo desde la perspectiva de los editores, estas cuestiones parecen menos abstractas y más terrenales que en los libros de historia. Y si bien es cierto que no pueden contestarse de forma absoluta, también lo es que pueden reducirse a proporciones manejables y exponerse de forma narrativa a través de una serie de casos particulares. Éste es el objetivo de este libro.

Así, este estudio aboga por una visión más amplia de la historia intelectual y sugiere que un género mixto, el de la historia social de las ideas, podría contribuir a un examen novedoso de la era de la ilustración. Leyendo y releendo los grandes libros del siglo XVIII, historiadores y estudiosos de la literatura han definido la ilustración como una etapa claramente determinada en la historia de la civilización occidental. Sin discutir el mérito de sus aportaciones, quisiera subrayar la importancia de ir más allá de los libros para intentar responder a nuevas preguntas: ¿cómo se ganaban la vida los autores de la república de las letras? ¿Influían en su escritura

sus circunstancias sociales y políticas? ¿Cómo operaban los editores y libreros? ¿Acaso su forma de hacer negocios influía en el material que proporcionaban a sus clientes? ¿De qué clase de literatura se trataba? ¿Quiénes eran sus lectores? ¿Cómo leían?

Estas preguntas son relevantes en prácticamente cualquier periodo de la literatura, pero resultan de especial importancia para comprender el antiguo régimen. Durante el siglo XVIII surgió en Francia un nuevo público lector; la opinión pública cobró fuerza y el descontento ideológico se sumó a otras corrientes de pensamiento para producir la primera gran revolución de la era moderna. Los libros contribuyeron en gran medida a este fermento, pero no basta con leerlos para apreciar su verdadera aportación. Es preciso saber más del mundo que había tras ellos, empezando con Grub Street, donde tantos textos cobraron forma, y siguiendo con las imprentas y rutas clandestinas hasta las trastiendas secretas y el mercado negro de un gigantesco submundo literario. Este libro es sólo una primera aproximación a ese territorio, pero debería bastar para abrirnos las puertas de un mundo perdido y acercarnos a personajes reales hoy desaparecidos en las brumas del tiempo.

Traducción de Laura Vidal

NOTAS

1. Histórica calle inglesa habitada por escritores pobres y mercenarios. Por extensión, cualquier distrito o gueto de una ciudad donde se dan las mismas características. [N. de la t.]
2. *Samizdat*: cultura alternativa en Europa oriental que hizo posible el tráfico clandestino de libros prohibidos bajo el régimen soviético. [N. de la t.]
3. Universidad sin sede fija nacida en Polonia en 1833 que ofrecía la oportunidad de estudiar a cualquier interesado, independientemente de su género o clase social. Marie Curie fue una de sus alumnas. [N. de la t.]
4. De próxima aparición en la colección Libros sobre Libros. [N. del e.]
5. *Lettre de cachet*: carta con sello real empleada en la Francia prerrevolucionaria como orden arbitraria de encarcelamiento. [N. de la t.]

Carta sobre el comercio de libros

✎ Denis Diderot

► En el pequeño opúsculo del que hemos tomado este fragmento, aparecido el año pasado en la colección Popular y con un estudio introductorio del reputado historiador francés Roger Chartier, el padre de la *Enciclopedia* se revela no sólo como un apólogo de la palabra escrita sino como un fino analista del fenómeno editorial en una época en que librero y editor a menudo eran la misma persona. No en balde a él se debe la “ley” que se postula al final de este texto, acerca de lo poco rentable de este oficio.

Usted desea, señor, conocer mis ideas acerca de un tema que considera importante y que en verdad lo es. Me siento muy honrado por su confianza; merece que le responda con la rapidez que me exige y la imparcialidad que tiene derecho a reclamar en un hombre de mi carácter. Usted me cree instruido; yo poseo, en efecto, los conocimientos que otorga la experiencia cotidiana, a los que se suma la convicción escrupulosa de que no siempre alcanza la buena fe para disculpar los errores. Pienso sinceramente que en las discusiones que atañen al bien común sería mejor guardar silencio antes que exponerse, incluso con las mejores intenciones, a imbuir de ideas falsas y perniciosas el espíritu de un magistrado. [...]

Por fortuna, tanto para mí como para usted, puedo decir que he ejercido la doble profesión de autor y de librero; he escrito y numerosas veces he impreso por cuenta propia. Puedo asegurarle, señor, que nada se concilia peor con la vida activa del comerciante que la vida sedentaria del hombre de letras. Somos incapaces de una infinidad de pequeñas obligaciones; sobre 100 autores que aceptarían ocuparse ellos mismos de vender

sus obras, 99 se acomodarían mal a dicha tarea y la detestarían. El librero poco escrupuloso cree que el autor es su oponente. Él, que protesta cuando piratean su trabajo y que se tendría por hombre poco honrado si pirateara a su colega, reivindica su condición y las cargas que pesan sobre su actividad, que el literato no comparte, y así termina por caer en la piratería. Los corresponsales de provincias nos roban impunemente, mientras los comerciantes de la capital no ponen suficiente interés en aumentar las ventas de nuestras obras. Si el descuento que se acuerda con el librero es fuerte, el provecho del autor se desvanece; y además llevar los libros de compras y ventas, responder, cambiar, recibir, enviar... ¡Qué ocupaciones para un discípulo de Homero o de Platón!

Debo el conocimiento sobre el comercio de libros a mi experiencia; a ella se añade el antiguo hábito de tratar con los libreros. Los he visto, los he escuchado; y aunque en estos comerciantes, como en los otros, existan pequeños misterios, en algunas ocasiones dejan escapar aquello que reservan en otras. Usted podrá esperar de mí, si no resultados rigurosos, al menos esa suerte de precisión

que considera necesaria. Aquí no es cuestión de partir un escudo para lograr dos.

Una persona que decide hacerse librero, incluso con poco capital de inversión, se apresura a adquirir diferentes libros de venta rápida. El plazo medio entre la primera y la segunda edición de un buen libro puede estimarse en diez años. Con su primer dinero ya invertido, si al librero se le presenta un proyecto que lo seduce, se deja seducir; por lo tanto, se ve obligado a recurrir a un préstamo o a vender una parte del privilegio con el que hubiera recuperado poco más o menos el valor de la primera inversión. Dado que el empréstito sería ruinoso, el librero prefiere, no sin razón, vender una parte del privilegio. Si el emprendimiento resulta beneficioso, gracias a su producto podrá recuperar lo que hubo de sacrificar y acrecentará sus fondos tanto con la nueva adquisición como con lo que habrá recuperado. El fondo editorial de un librero es la base de su comercio y de su fortuna. Sí, señor, la base; ésta es una palabra que no debemos olvidar.

Si el librero fracasa en su empresa, como suele ocurrir la mayoría de las veces, sus adelantos de dinero se pierden,



se encuentra con menos existencias y por lo general con deudas por pagar; pero dispone aún del fondo editorial que le resta, y por lo tanto, su ruina no resulta absoluta. [...]

¿Por qué, señor, las ediciones espurias han devenido tan comunes? Porque el librero es pobre, sus inversiones iniciales son considerables y sus emprendimientos son arriesgados. Al proponer un descuento, el librero puede asegurarse algún dinero al contado y evadir la ruina. Pero incluso si fuera lo bastante rico para acometer y terminar una gran empresa sin la seguridad de las entradas diarias, ¿usted cree que se arriesgaría a realizar trabajos de gran importancia? Si fracasa, al librero siempre le queda su privilegio o la propiedad de una obra mediocre; si conoce el éxito, el provecho de su operación expirará a los seis años. Por favor, señor, dígame, ¿qué relación existe entre su esperanza y sus riesgos? ¿Usted quiere conocer con exactitud el valor de su apuesta? La suerte es igual al número de libros que perduran, restados los libros que se extinguen, y no puede disminuirse ni acrecentarse; es un juego de azar, salvo los casos en que la reputación del autor, la singularidad de la obra, la osadía, la novedad, la prevención o la curiosidad aseguran al comerciante por lo menos la recuperación de su inversión.

Un error que veo cometer sin cesar a quienes se dejan llevar por las máximas generales es el de aplicar a la edición de un libro los principios de la manufactura de telas. Estas personas razonan como si el librero pudiera fabricar según la proporción de sus ventas y no tuviera que enfrentar más riesgos que las extravagancias del gusto y los caprichos de la moda; olvidan o ignoran que es imposible vender una obra a un precio razonable sin imprimir de ésta un cierto número. Lo que queda de una tela anticuada en los almacenes de una sedería tiene algún valor; el que queda de una mala obra en los almacenes de una librería es nulo. Debemos añadir que, si hiciéramos cuentas, de cada diez emprendimientos sólo hay uno, y aun esto es mucho, que da resultados, sólo cuatro cubren los gastos a la larga, y los cinco que restan ocasionan pérdidas.

Traducción de
Alejandro García Schnetzer

Fronteras del libro

 **Christian Vandendorpe**

► **El libro es una especie que evoluciona lentamente. En *Del papiro al hipertexto. Ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura*, publicado en nuestra Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios, se estudian las transformaciones que está experimentando hoy, no para declararlo en peligro de extinción sino para comprender los cambios del humanísimo proceso de registrar el pensamiento en un soporte duradero.**

Desde los inicios de los años noventa uno se pregunta regularmente en los coloquios o revistas si el libro electrónico algún día podrá reemplazar al “verdadero” libro. Para muchos todavía un “verdadero” libro no puede ser sino una obra impresa sobre papel, que se puede tomar entre las manos, llevar consigo a una playa o en el metro, y que además proporciona sensaciones táctiles y

olfativas vinculadas a la materialidad del objeto. Según esta definición, es evidente que el documento electrónico jamás podrá acceder a la “dignidad” del libro.

Recordemos que un debate similar ya se produjo en la Roma del siglo III de nuestra era. La ocasión se originó en la interpretación de un testamento en el cual se legaban “los libros” del difunto: ¿había que entender con eso únicamente los rollos de papiro o incluir los códices? Según la opinión jurídica de un abogado de la época, era esta última concepción la que debía prevalecer: “Los códices también deben ser considerados como libros. Se agrupa bajo el apelativo de libros no rollos de papiro sino un modo de escritura que apunta a un fin determinado”. Así, este juicio obliga a tomar cierta distancia respecto de la pregunta inicial, y nos recuerda que un libro encierra un escrito con una intención determinada. Esta intención responde a dos imperativos mayores: transportabilidad y permanencia.

Un libro es eminentemente portátil, porque permite transportar un contenido de información mucho mejor de lo que podría hacerlo una colección de ta-

**El Fondo de Cultura Económica
lamenta el deceso de**

Jorge Hernández Campos,

**autor de esta casa, y se une al sentimiento de
familiares y amigos**





bletas de piedra o cera, o un montón de volantes. Pero un libro también es un texto o un conjunto de datos visuales que posee un valor y que es posible conservar. Desde tiempo inmemorial, el libro es visto como la quintaesencia del testigo cultural, el condensado por excelencia del pensamiento de los individuos y las sociedades que nos precedieron. Por eso la destrucción de libros siempre fue percibida como una violencia hecha a la cultura y a la historia. Quemar un libro es querer que desaparezca un pensamiento: los autos de fe son un medio espectacular de destinar una doctrina o una obra al olvido colectivo.

¿Puede considerarse que el libro electrónico responde a la doble exigencia de transportabilidad y conservación? Por lo que respecta a lo primero, la respuesta es más bien positiva. Por cierto, las computadoras portátiles ocupan todavía mucho más lugar que un libro de bolsillo, pero su potencial de almacenamiento es infinitamente superior al del papel. Hoy se habla de la posibilidad de guardar dos gigabytes de datos en una superficie de un centímetro cuadrado, o sea, ¡el equivalente de 350 mil cuartillas a una interlínea sencilla! Así, un individuo podría transportar en el bolsillo de su camisa todo el contenido de la famosa biblioteca de Alejandría. Mañana, sin duda será el equivalente de una biblioteca universitaria del siglo XX. Además, una vez digitalizado, el texto puede ser manipulado con una facilidad que habría hecho soñar a los monjes instalados de por vida en los *scriptoria* medievales. Codificado en SGML, un texto electrónico puede ser exhibido o impreso en cualquier formato, en una tipografía respetuosa de la jerarquía original. Por último,

puede ser copiado a la velocidad de la luz y transferido en millones de ejemplares de un continente a otro en algunas horas.

La cuestión de la conservación no es tan segura. Si el pergamino y, en una medida menor, el papiro pudieron atravesar milenios, casi no hay retroceso con los soportes electrónicos. Al parecer, los CD-ROM pueden resistir al tiempo, pero algunos especialistas nos aseguran que su duración no debería superar los diez años. Y por otra parte, ¿encontraremos todavía lectores capaces de leerlos dentro de cincuenta años? ¿Quién puede leer hoy disquetes de formato 5"1/4? Nuestra experiencia de internautas no es mucho más alentadora. Sobre una lista de enlaces ofrecidos por una página web, cabe esperar que la tercera parte esté caduca dentro de dos o tres años. Las causas de esto son múltiples: el autor del texto se mudó o perdió su cuenta con el servidor, o éste fue reemplazado. El texto electrónico revela aquí sus límites, que son el revés de sus cualidades: es frágil y puede desaparecer en cualquier momento.

Bajo una forma electrónica, el libro se enfrenta así a su postrer avatar. La extrema labilidad del texto y la facilidad con que se lo puede manipular, recortar y copiar contribuyen a convertirlo en un objeto trivial, repetitivo y de un valor más relativo que nunca. Por eso, el libro en papel durante mucho tiempo seguirá existiendo en paralelo, como medio de reconocimiento social y cultural.

Hasta hace muy poco tiempo todavía, la cultura escrita era reconocible en elementos materiales y finitos: la página era la unidad de base del libro que, a su vez, constituía la unidad de relleno de un

estante en la biblioteca. Y ésta, desde Alejandría, era el sitio que apuntaba a totalizar todos los saberes. La virtualización del texto modifica radicalmente esta situación milenaria. Más que simple elemento de la biblioteca, un hipertexto es susceptible de dar acceso a ésta en su totalidad, sin tener necesariamente una localización material fija. Nuestra representación del saber ya ha quedado perturbada. Mientras el libro estaba circunscrito en dimensiones físicas limitadas, todavía podía acariciarse la idea de que el saber estaba compuesto de compartimientos bien delimitados y con tabiques estancos, a la manera de esos paralelepípedos alineados sobre los estantes de las bibliotecas. Con el hipertexto, resulta evidente que todo elemento de conocimiento está relacionado con una cantidad de otros, en un encadenamiento infinito.

Si un hipertexto carece de límites en el espacio, tampoco los tiene en el tiempo. Las antiguas tecnologías de lo escrito eran pesadas y estaban ubicadas bajo el signo de la permanencia (*verba volant, scripta manent*). Un autor no podía aportar fácilmente modificaciones a su texto una vez que éste había sido grabado sobre una estela, copiado sobre un pergamino o impreso. El texto digitalizado, por el contrario, es modificable a voluntad, y un autor puede retomarlo incesantemente para hacerle correcciones y añadidos. Un hipertexto jamás está terminado.

Dicho lo cual, es probable que el lector experimente durante mucho tiempo aún la necesidad psicológica de culminar una lectura comenzada, saber que ha recorrido una obra suficientemente para hacerse una idea atinada y coherente. El



texto narrativo tradicional está construido por excelencia en función de la palabra *Fin*, que constituye la línea de horizonte hacia la cual el lector avanza a marchas forzadas [...] Este horizonte constituye una supervivencia de los grandes mitos explicativos que acunaron la infancia de la humanidad, así como de las historias a través de las cuales todos nos descubrimos y construimos progresivamente. Ciertamente, lo narrativo también puede funcionar sin alcanzar jamás esa frontera, así como lo acredita el éxito de esos relatos por episodios que son los hechos cotidianos y la gesta de las estrellas y los grandes de este mundo, antes de que sean segados por la muerte. Pero el efecto ficción no funciona realmente bien sino en la medida en que el lector se deje absorber totalmente en un relato, lo cual supone un espesor temporal y una plena atención al universo imaginario en curso de elaboración.

Por lo que respecta a la lectura con fines informativos, no cabe duda de que, en el mundo del hipertexto, ésta será gobernada cada vez más por el lector que por una operación externa de terminación. El libro en papel permite que el lector determine su navegación y el trabajo de lectura colocando señaladores. De igual modo, una obra digitalizada puede contener en un rincón de la pantalla un gráfico que indique la parte res-

pectiva de lo que se ha leído y lo que resta leer; una ventana puede exhibir la lista de las páginas ya leídas; los señaladores pueden colocarse sobre las páginas a las que uno querría volver. Esos procedimientos ya son corrientes en obras en CD-ROM. Además, el hipertexto puede dar al lector la posibilidad de reorganizar la masa de informaciones en función de sus necesidades, según un orden cronológico o espacial, o según los personajes en discusión o, incluso, según los tipos de desafíos. En el caso de la navegación sobre la web, los índices se tornan cada vez más sofisticados, como respuesta al desafío de reunir en un espacio tan compacto como sea posible elementos textuales y visuales. [...]

Pero la principal herramienta de que dispone el lector la ofrecen los buscadores, que desdichadamente todavía están aquejados por problemas de redundancia y pertinencia que a menudo transforman las búsquedas en pruebas de frustración. Así, cada uno de nosotros ha aterrizado en una página personal sin interés precisamente cuando se había pedido a su buscador que localizara todos los sitios donde se hable de viajes aéreos a precio reducido o reproducciones de obras de arte. Como no es posible impedir que un fulano en busca de notoriedad coloque en su página todas las palabras del diccionario para atraer la mayor cantidad de gente posible, nece-

sariamente habrá que producir analizadores semánticos capaces de estimar estadísticamente el interés de una página determinada en función de un requerimiento. A un análisis de contenido podrían añadirse diversos medios de probar la credibilidad y pertinencia de la información colocada en una página, evaluando sobre todo los enlaces hipertextuales que apuntan o salen de ella. La manera de especificar un requerimiento de búsqueda también deberá hacerse cada vez más riguroso, invitando al usuario a aclarar por ejemplo la red semántica, la cantidad de páginas que debe contener el sitio o la amplitud de los textos.

Así, no cabe duda de que el lector de mañana podrá realizar casi automáticamente, sobre el tema que le interese, compilaciones de páginas espigadas en internet, y luego recibir la información con ayuda de diversos instrumentos de edición y lectura asistida. Alguien que se interesara en la teoría del caos, por ejemplo, podría lanzar una búsqueda sobre ese término, recopilar las páginas pertinentes, seleccionarlas y reunir las para luego imprimirlas en un cuaderno para su uso personal: esa forma de libros bien podría valer como una obra impresa. Por otra parte, algunas editoriales ya comenzaron a explotar comercialmente este filón con colecciones del tipo "Leído en Internet". Y muchos individuos, poseedores de una página web, se consagran indulgentemente a trabajos de compilación, nada más que para poder compartir su pasión por un tema con los "surfeadores" del mundo entero.

Por consiguiente, en muchos casos el proyecto de lectura no será ya determinado por un autor ni por una estructura editorial, sino por elecciones personales organizadas alrededor de una temática y llevadas a término con ayuda de *agentes* informáticos.

Traducción de Víctor Goldstein



Editar para ganar

☞ **Thomas Woll**

► **De actividad casi artesanal a industria de masas, el oficio editorial ha experimentado importantes transformaciones. Hoy exige que sus actores tengan una sensibilidad múltiple, con un ojo en el gato cultural y otro en el garabato económico. *Editar para ganar. Estrategias de administración editorial*, de Thomas Woll, que apareció recientemente en la colección Libros sobre Libros, coeditada con Librería, es un útil manual con el que los editores pueden asomarse al crucial mundo de la administración.**

En la era de internet, en la que la transmisión electrónica de información puede realizarse en un milisegundo, ¿por qué alguien en sus cabales pensaría en poner en marcha una empresa editorial tradicional? No sólo es apropiado formular esta pregunta; es esencial responderla para lograr que una editorial tenga éxito y prospere en la era digital. Una editorial es un negocio relativamente fácil de poner en funcionamiento; los obstáculos para comenzar son pocos. Si usted tiene una nueva idea o un nuevo concepto, o una visión diferente de una idea vieja; una modesta cantidad de dinero para producir su producto; algunos canales para la venta y la distribución de su producto, ya sea su propio automóvil o una organización de venta y distribución en pleno funcionamiento; y un lugar donde almacenar su producto, sea su propio sótano, un depósito alquilado o un archivo digital, usted puede convertirse en editor.

La cantidad de capital y de espacio necesarios dependerá de sus planes de publicación. En muchos casos, si está publicando uno o dos libros, necesitará relativamente pocos recursos. Este re-

quisito mínimo de inversión atrae a muchos que no entienden las complejidades y las implicaciones de todo cuanto significa publicar. Cuando Moby Dick llevó a Ahab a su muerte —mientras el capitán hacía señas a sus compañeros para que lo siguieran—, la superficie estaba sospechosamente en calma y reflejaba todo como un espejo. Desde lejos, era fácil pasar por alto el hecho de que una soga mantenía atado a Ahab a la gran ballena blanca, y olvidarse de que la bestia no era tan fácil de manejar cuando estaba sumergida como cuando estaba en la superficie. Publicar es un negocio extremadamente difícil. Las ganancias promedio son, en el mejor de los casos, pequeñas, a menos de que un golpe de suerte le permita tener un *best-seller* en un determinado año. A diferencia de la mayoría de las otras industrias, la editorial acepta una cantidad ilimitada de devoluciones de sus clientes minoristas y mayoristas. En esencia, todo libro vendido está “en consignación” y, según el libro y el año, los saldos finales de la editorial pueden verse sumamente afectados. Lo que hoy parece una venta provechosa, mañana puede convertirse en un desastre.

Por otro lado, el negocio editorial tiene una base de cuentas de clientes muy pequeña, que incluso va reduciéndose día a día. En Estados Unidos, por ejemplo, casi la mitad del mercado minorista es controlado por dos grandes cadenas de librerías, al tiempo que un solo mayorista provee aproximadamente el 35 por ciento de los libros a los minoristas. Esto significa que tan sólo una pequeña porción del mercado de venta de libros en general está plenamente abierta a otros canales de venta. Al mismo tiempo, a las pequeñas editoriales les resulta virtualmente imposible acceder por sus propios medios a las dos principales cadenas de librerías, salvo que publiquen cinco o más libros por categoría en cada temporada. En resumen, si bien es fácil

entrar en el negocio, es muy difícil mantenerse.

Muchas veces los editores abren una editorial empujados por una idea o un concepto —una idea que, piensan, aún no ha sido suficientemente explotada y que, por lo tanto, encontrará una inmediata aceptación en el mercado—. Muchos se zambullen en el negocio sin tener un acabado conocimiento de las estructuras, las reglas y las políticas básicas que gobiernan el negocio editorial. Muchos no tienen ningún tipo de experiencia en el mundo de los negocios. Algunas de estas editoriales sobreviven —algunas incluso tienen éxito—, pero muchas otras luchan, enceguecidas por la ambición y el anhelo de triunfar, del mismo modo que Ahab y, como él, muchas sucumben. Lamentablemente, aun cuando nos gustaría que no fuese así, las ideas, por sí solas, no alcanzan para sustentar una editorial ni ningún tipo de negocio. Sólo las ideas enmarcadas en una firme estructura organizativa, con capital adecuado, transformadas en un producto tangible (aunque hoy también puede ser digital) y con una planeación conveniente, pueden sobrevivir y florecer. El objetivo de este libro es proveer un marco y una estructura a aquellos que desean acrecentar su experiencia.

Uno de los grandes avances de la industria editorial se produjo a principios de la década de los setenta, cuando la “noble profesión” comenzó a advertir que su supervivencia dependía de una mayor atención a las matemáticas y al negocio editorial, es decir, que requería algo más que la simple adquisición de un producto para publicar y la producción de libros que podían o no tener un mercado. Si el objetivo de las editoriales era obtener ganancias y seguir llevando adelante, e incluso expandiendo, su misión de difundir ideas y promover el hábito de la lectura, el único modo de hacerlo era vendiendo libros rentables y permaneciendo en el negocio. Podían



pagarse grandes sumas de adelanto, pero sólo una vez efectuado un adecuado análisis que asegurase la venta de los libros suficientes para obtener ganancias o, al menos, para no perder dinero. Una empresa en bancarota no era buena para nadie, menos aún para los empleados, los accionistas o el dueño. El negocio editorial se encontró frente a frente con la *Realpolitik*.

Desde entonces, las modernas técnicas de administración invadieron por completo la industria editorial. Puede discutirse si todas ellas son beneficiosas, pero un resultado positivo es que actualmente existen patrones o normas para casi todos los parámetros financieros necesarios para lograr el éxito del negocio. Así, hoy las editoriales cuentan en algunos países con pautas que les permiten comparar su propio rendimiento con el de otras editoriales para determinar si están en el camino correcto [...]; los estudios de las agrupaciones gremiales en Hispanoamérica son cada vez más frecuentes y poco a poco más confiables.

Además, el mercado en el que se venden los libros ha sufrido un cambio drástico en el transcurso de los últimos años. Muchos de los vendedores independientes de libros más conocidos, que apoyaban a las pequeñas editoriales, han desaparecido, víctimas, en muchos casos, de una mala administración y, en otros, de la competencia de los supermercados, debido a la mala fortuna de tener sus instalaciones cerca de éstos. Es

difícil competir cuando estos megamercados tienen la posibilidad de comprar con grandes descuentos, reunir una cantidad descomunal de mercadería con la que abastecen órdenes especiales así como la demanda del público en general, auspiciar eventos, ofrecer bares y atender al público durante 14 horas al día, siete días a la semana. Como resultado, la cantidad de establecimientos dedicados a la venta de libros está disminuyendo día a día.

Con menos clientes a los cuales venderles libros, la editorial pequeña se encuentra ante un desafío sin precedentes. ¿Cómo puede ser redituable una empresa pequeña si no puede hacer llegar sus libros a las manos de los compradores, sean éstos mayoristas, minoristas o consumidores finales? ¿Cómo hace la editorial para llegar a estos mercados, venderles sus libros y promoverlos de manera tal que lleguen a manos del consumidor? Éstas no son preguntas fáciles de responder ni problemas sencillos de resolver. Sin embargo, si una editorial se plantea subsistir, no sólo es necesario que se formule estas preguntas sino que llegue a una respuesta.

El presente libro es resultado de muchos años de intenso trabajo, tanto como participante como en calidad de observador, en editoriales que cubren un amplio espectro de organizaciones, desde una pequeña empresa familiar, con ingresos anuales de aproximadamente medio millón de dólares, hasta una editorial montada desde cero, que finalmente produjo alrededor de cuatro millones en ventas, así como departamentos de libros de grandes empresas, con ingresos de hasta 80 millones. Es también resultado de años de trabajo como asesor de una diversidad de clientes de diferentes envergaduras, cada uno con sus propios desafíos y con su propia manera de abordarlos. Cada uno de estos roles me dejó muchas enseñanzas, entre ellas la necesidad de integrar todos los aspectos involucrados en una empresa editorial; contar con estructuras internas que permitan un crecimiento lógico y controlado, así como una comunicación abierta dentro de la empresa y entre las personas, y establecer parámetros financieros y presupuestarios adecuados. Estas enseñanzas incluyen también la naturaleza dinámica del negocio editorial, los inevitables desafíos y preguntas que sur-

gen cada día, y la necesidad de contar con personal altamente capacitado para examinar y resolver estas cuestiones en forma rápida y concluyente.

A lo largo del tiempo, me fui dando cuenta de que las necesidades y los problemas de las editoriales más pequeñas difieren de aquellos de las empresas más grandes, fundamentalmente en grado, no tanto en naturaleza. El financiamiento, las estructuras organizativas internas, la obtención de material para publicar y la planeación editorial, el establecimiento de precios, las ventas y el marketing, la productividad, la contabilidad y las regalías, entre otras, son cuestiones que atañen tanto a las editoriales grandes como a las pequeñas. La diferencia reside en el grado de complejidad, no en la naturaleza del problema o de la materia. Las editoriales pequeñas pueden aprender mucho de los sistemas y de las estructuras organizativas de sus hermanos mayores, en tanto que, al mismo tiempo, es mucho lo que las empresas más grandes pueden aprender de la focalización, el espíritu emprendedor, la creatividad y el talento de las firmas más pequeñas. [...]

Durante los muchos años en que he trabajado en la industria editorial, una de las cosas que he aprendido a agradecer muy especialmente es que quienes trabajan en este medio están dispuestos a compartir información con los demás. Esto es especialmente válido en el caso de las pequeñas editoriales. Puesto que hay muy poca capacitación para el trabajo específico de esta industria, gran parte de los conocimientos acerca del quehacer editorial se adquiere aprendiendo de maestros. Yo diría que en la industria todos somos aprendices, salvo porque este término implica un extenso periodo de tutelaje bajo la guía de un experto, si bien en nuestro medio la duración del tutelaje es relativa.

El presente libro está escrito con el espíritu de un maestro.

Traducción de Gabriela Ubaldini



Obra poética II (1969-1998)

☞ Octavio Paz



En el orden literario, bien puede el doce ir después que el quince. Ese trastrocamiento numérico es tal vez una metáfora extra en la poesía de Octavio Paz: con la aparición del duodécimo tomo de sus *Obras completas* se cierra uno de los más ambiciosos e importantes proyectos que nuestra casa haya emprendido. Preparada junto con la española Círculo de Lectores, esta decena y media de volúmenes vale no sólo por el adjetivo con que se las califica sino por el subtítulo que a veces pasa inadvertido: estas obras completas son la “Edición del autor”. En su incesante reescritura, Paz puso en práctica la noción de que no hay texto terminado, sólo tentativas, acercamientos a un polo que no existe pero que orienta la brújula literaria. No en balde la otra editorial involucrada en este mayúsculo esfuerzo tiene ecos geométricos en su nombre: la de Paz es una literatura circular y concéntrica. Circular porque el escritor gira en torno a unos cuantos temas, concéntrica porque estos temas se contienen unos a otros.

El tomo que ahora sale a la luz completa la reunión de la “Obra poética” iniciada con el décimo primer volumen. Si éste contiene sólo las exploraciones que Paz emprendió a partir de sí mismo, de los sucesos reales e imaginarios que dieron forma a su vida y que veladamente se manifies-

tan en los poemas, el tomo doce recorre el tramo final de esa biografía poética —*Vuelta, Pasado en claro, Árbol adentro*— y los recorridos de Paz por la poesía en otros idiomas volcada al castellano —*Versiones y diversiones*—, las obras colectivas y los versos que emanaron de las composiciones gráficas de su esposa —*Figuras y figuraciones*—. Lo dice Paz en la nota con que se abre el volumen y que reproducimos aquí, del otro lado de esta página: no es necesario justificar la inclusión en el libro de sus traducciones de poesía. Son otro trabajo de creación y por ello hemos querido en esta breve selección mostrar al poeta que se inventa en un diálogo con los poetas, diálogo desde la entraña misma de los poemas. Y no sólo eso: como a menudo el ensayista fue consejero del poeta, los apretados comentarios que acompañan algunas traducciones son una síntesis extrema de la pericia paciana y por ello hay en este apartado un ejemplo de recreación poética con glosa.

En marzo de este año, Octavio Paz habría cumplido 90 años. Decir que sigue vivo entre los lectores es una frase que no por ser un cliché es menos cierta. Este volumen final de las obras completas es el mejor festejo para un poeta que, falso nonagenario, habla con potencia juvenil y mesura de hombre maduro. Festejemos con su lectura la culminación de este emprendimiento editorial.

Preliminar

Octavio Paz

Este segundo y último volumen de mi obra poética reúne los poemas que he escrito desde 1969 hasta ahora. Después de mucho dudar, decidí incluir los poemas colectivos que he escrito con algunos amigos: *Renga*, *Hijos del aire*, *Poema de la amistad* y *Festín lunar*. En las dos primeras colecciones aparecen, frente a frente, los textos originales y mi traducción; en la última se reproduce únicamente mi traducción: mis amigos escribieron sus versos en hindi y en caracteres *devangari*, que muy pocos entre nosotros conocen. Ellos mismos, después, los tradujeron al inglés. En cuanto a las traducciones: se publica únicamente el texto en español porque, como lo digo en el prólogo a la primera edición de *Versiones y diversiones*, mi propósito fue hacer, a partir de poemas en otras lenguas, poemas en la mía.

Mis versiones del sánscrito, del chino y del japonés, apenas si necesito repetirlo, fueron hechos con ayuda de amigos que conocen y escriben esas lenguas; también con la de un número considerable de traducciones de esos poemas al inglés, al francés y al italiano. Muchas son, más que traducciones, recreaciones e incluso imitaciones, en el sentido tradicional de la palabra. Al compararlas con las de otras lenguas, comprobé que había logrado cierta fidelidad. Por supuesto, esas versiones no tienen valor filológico sino, si alguno tienen, literario y quizá poético. No necesito justificar la inclusión en este libro de mis traducciones de poesía. Las diferencias entre creación y traducción no son menos vagas que entre la prosa y el verso. La traducción es una recreación, un juego en el que la invención se alía a la fidelidad: el traductor no tiene más remedio que inventar el poema que imita.

En el "Preliminar" al volumen anterior apunté que mis poemas han sido respuestas a los accidentes de mi vida, tejida como todas las vidas de momentos afortunados y desdichados. Respuestas nunca inmediatas sino filtradas por el tiempo. Así, los dos tomos que reúnen mis tentativas poéticas pueden verse como un diario. Sólo que es un diario impersonal: los momentos vividos por el individuo real se han convertido en poemas escritos por una persona sin precisas señas de identidad. Cada poeta inventa a un poeta que es el autor de sus poemas. Mejor dicho: sus poemas inventan al poeta que los escribe. Siempre me ha parecido brumosa la distinción entre el poeta épico y el lírico. Se dice que el poeta épico —y su descendiente: el novelista— cuenta sucesos ajenos e inventa personajes mientras que el poeta lírico habla en nombre propio. No es así: el poeta lírico se inventa a sí mismo por obra de sus poemas. En no pocos casos ese "sí mismo" está compuesto por una pluralidad de voces y de personas. Como todos los hombres, el poeta es un ser plural; desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte, vivimos en diálogo —o en disputa— con los desconocidos que nos habitan.

La verdadera biografía de un poeta no está en los sucesos de su vida sino en sus poemas. Los sucesos son la materia prima, el material bruto; lo que leemos es un poema, una recreación (a veces una negación) de esta o de aquella experiencia. El poeta no es nunca idéntico a la persona que escribe: al escribir, se escribe, se inventa. Sabemos que Catulo y Lesbia (su verdadero nombre era Clodia) existieron realmente: son personajes históricos. También lo fueron Propercio y Cintia (Hostia). Sabemos asimismo que ni el poeta Catulo y su amante ni el poeta Propercio y su querida son exactamente los individuos que vivieron en Roma en tales y tales años. Las heroínas de esos libros y los autores mismos, sin ser ficticios, pertenecen a otra realidad. Lo mismo puede decirse de todos los otros poetas, cualesquiera que hayan sido su época, sus temas y sus vidas. La poesía, el arte de escribir poemas, no es natural; a través de un proceso sutil, el autor, al escribir y muchas veces sin darse cuenta, se inventa y se convierte en otro: un poeta. Pero la realidad de sus poemas y la suya propia no es artificial o deshumana; se ha transformado en una forma a un tiempo hermética y transparente que, al abrirse, nos muestra una realidad más real y más humana. Los poemas no son confesiones sino revelaciones.

Entre humilde y resignado, con esperanza y con escepticismo, dejo este libro, como el anterior, en manos de mis lectores. Próximos o lejanos, de hoy o de mañana, son la personificación del tiempo. Un juez simultáneamente sabio y caprichoso. Sus juicios, con frecuencia, nos sorprenden; sin embargo, a la larga no se equivoca.

México, 1996.

Festín lunar

Octavio Paz y Fouad el-Etr

Estábamos en el último piso de un viejo y empinado edificio, del sixième arrondissement. Éramos cuatro: Fouad y su mujer, Marie José y yo. El cuarto era minúsculo y la ventana enorme. Daba vértigo asomarse a la "cour" —estrecha, profunda y negra. Un verdadero pozo. Los cuatro bebíamos y reíamos. De pronto, nos callamos: allá arriba soplaban el viento y limpiaba al cielo de nubes. La luna de verano bajó verticalmente, se detuvo ante la buhardilla y, sin hacer ruido, abrió la ventana. Fouad buscó papel y escribimos:

O. P.	Tengo miedo y la luna
F. E.	no le hace mal a nadie
O. P.	Estoy ausente en este cuarto
O. P.	La luna sobre el jamón
F. E.	sueño de cuarzo
F. E.	Maúlla un gato

Carta de creencia

 **Octavio Paz**

CANTATA

1

Entre la noche y el día
hay un territorio indeciso.
No es luz ni sombra:

es tiempo.

Hora, pausa precaria,
página que se obscurece,
página en la que escribo,
despacio, estas palabras.

La tarde

es una brasa que se consume.
El día gira y se deshoja.
Lima los confines de las cosas
un río oscuro.

Terco y suave

las arrastra, no sé adónde.
La realidad se aleja.

Yo escribo:

hablo conmigo

—hablo contigo.

Quisiera hablarte
como hablan ahora,
casi borrados por las sombras,
el arbolito y el aire;
como el agua corriente,
soliloquio sonámbulo;
como el charco callado,
reflector de instantáneos simulacros;
como el fuego:
lenguas de llama, baile de chispas,
cuentos de humo.

Hablarte

con palabras visibles y palpables,
con peso, sabor y olor
como las cosas.

Mientras lo digo
las cosas, imperceptiblemente,
se desprenden de sí mismas
y se fugan hacia otras formas,
hacia otros nombres.

Me quedan
estas palabras: con ellas te hablo.

Las palabras son puentes.
También son trampas, jaulas, pozos.
Yo te hablo: tú no me oyes.

No hablo contigo:

hablo con una palabra.

Esa palabra eres tú,

esa palabra

te lleva de ti misma a ti misma.

La hicimos tú, yo, el destino.

La mujer que eres

es la mujer a la que hablo:

estas palabras son tu espejo,
eres tú misma y el eco de tu nombre.

Yo también,

al hablarte,

me vuelvo un murmullo,
aire y palabras, un soplo,
un fantasma que nace de estas letras.

Las palabras son puentes:

la sombra de las colinas de Meknès
sobre un campo de girasoles estáticos
es un golfo violeta.

Son las tres de la tarde,

tienes nueve años y te has adormecido
entre los brazos frescos de la rubia mimosa.

Enamorado de la geometría
un gavilán dibuja un círculo.
Tiembla en el horizonte
la mole cobriza de los cerros.
Entre peñascos vertiginosos
los cubos blancos de un poblado.
Una columna de humo sube del llano
y poco a poco se disipa, aire en el aire,
como el canto del muecín
que perfora el silencio, asciende y florece
en otro silencio.

Sol inmóvil,
inmenso espacio de alas abiertas;
sobre llanuras de reflejos
la sed levanta alminares transparentes.
Tú no estás dormida ni despierta:
tú flotas en un tiempo sin horas.
Un soplo apenas suscita
remotos países de menta y manantiales.
Déjate llevar por estas palabras
hacia ti misma.

2

Las palabras son inciertas
y dicen cosas inciertas.
Pero digan esto o aquello,
nos dicen.

Amor es una palabra equívoca,
como todas.

No es palabra,
dijo el Fundador:
es visión,
comienzo y corona
de la escala de la contemplación
—y el florentino:

es un accidente
—y el otro:
no es la virtud

pero nace de aquello que es la perfección
—y los otros:

una fiebre, una dolencia,
un combate, un frenesí, un estupor,
una quimera.

El deseo lo inventa,
lo avivan los ayunos y las laceraciones,
los celos lo espolean,
la costumbre lo mata.

Un don,
una condena.

Furia, beatitud.
Es un nudo: vida y muerte.

Una llaga
que es rosa de resurrección.

Es una palabra:
al decirla, nos dice.

El amor comienza en el cuerpo
¿dónde termina?

Si es fantasma,
encarna en un cuerpo;
si es cuerpo,
al tocarlo se disipa.

Fatal espejo:
la imagen deseada se desvanece,
tú te ahogas en tus propios reflejos.
Festín de espectros.

Aparición:
el instante tiene cuerpo y ojos,
me mira.

Al fin la vida tiene cara y nombre.

Amar:
hacer de un alma un cuerpo,
hacer de un cuerpo un alma,
hacer un tú de una presencia.

Amar:
abrir la puerta prohibida,
pasaje

que nos lleva al otro lado del tiempo.

Instante:

reverso de la muerte,
nuestra frágil eternidad.

Amar es perderse en el tiempo,
ser espejo entre espejos.

Es idolatría:

endiosar una criatura
“y a lo que es temporal llamar eterno”.

Todas las formas de carne
son hijas del tiempo,
simulacros.

El tiempo es el mal,
el instante

es la caída;

amar es despeñarse:
caer interminablemente,
nuestra pareja
es nuestro abismo.

El abrazo:

jeroglífico de la destrucción.
Lascivia: máscara de la muerte.

Amar: una variación,
apenas un momento
en la historia de la célula primigenia
y sus divisiones incontables.

Eje

de la rotación de las generaciones.

Invención, transfiguración:
la muchacha convertida en fuente,
la cabellera en constelación,
en isla la mujer dormida.

La sangre:

música en el ramaje de las venas;
el tacto:
luz en la noche de los cuerpos.

Transgresión

de la fatalidad natural,
bisagra
que enlaza destino y libertad,
pregunta

grabada en la frente del deseo:
¿accidente o predestinación?

Memoria, cicatriz:
—¿de dónde fuimos arrancados?,
cicatriz,
memoria: sed de presencia,
querencia
de la mitad perdida.

El Uno

es el prisionero de sí mismo,
es,
solamente es,
no tiene memoria,
no tiene cicatriz:

amar es dos,
siempre dos,
abrazo y pelea,
dos es querer ser uno mismo
y ser el otro, la otra;

dos no reposa,
no está completo nunca,
gira
en torno a su sombra,
busca

lo que perdimos al nacer;
la cicatriz se abre:
fuente de visiones;
dos: arco sobre el vacío,
puente de vértigos;

dos:
Espejo de las mutaciones.

3

Amor, isla sin horas,
isla rodeada de tiempo,
claridad
sitiada de noche.
Caer
es regresar,
caer es subir.

Amar es tener ojos en las yemas,
palpar el nudo en que se anudan
quietud y movimiento.

El arte de amar
¿es arte de morir?

Amar
es morir y revivir y remorir:
es la vivacidad.

Te quiero
porque yo soy mortal
y tú lo eres.

El placer hiere,
la herida florece.
En el jardín de las caricias
corté la flor de sangre
para adornar tu pelo.
La flor se volvió palabra.
La palabra arde en mi memoria.

Amor:
reconciliación con el Gran todo
y con los otros,
los diminutos todos
innumerables.
Volver al día del comienzo.
Al día de hoy.

La tarde se ha ido a pique.
Lámparas y reflectores
perforan la noche.

Yo escribo:

hablo contigo:

hablo conmigo.
Con palabras de agua, llama, aire y tierra
inventamos el jardín de las miradas.
Miranda y Ferdinand se miran,
interminablemente, en los ojos
—hasta petrificarse.

Una manera de morir
como las otras.

En la altura
las constelaciones escriben siempre
la misma palabra;

nosotros,
aquí abajo, escribimos
nuestros nombres mortales.

La pareja
es pareja porque no tiene Edén.
Somos los expulsados del Jardín,
estamos condenados a inventarlo
y cultivar sus flores delirantes,
joyas vivas que cortamos
para adornar un cuello.

Estamos condenados
a dejar el Jardín:
delante de nosotros
está el mundo.

CODA

Tal vez amar es aprender
a caminar por este mundo.
Aprender a quedarnos quietos
como el tilo y la encina de la fábula.
Aprender a mirar.
Tu mirada es sembradora.
Plantó un árbol.

Yo hablo
porque tú meces los follajes.

Himno de invierno

 **Pere Gimferrer**

Traducción de Octavio Paz

Con la niebla en los tilos llega el olor de manzanas,
todo lo que guardó la nieve en su membrillo:
solemne, el hálito de los copos en la luz crepuscular,
alegoría temerosa del amanecer de la muerte.
Será muy clara: un cielo deslumbrante, espacios
del descuartizamiento de las estrellas y los escollos,
todo ese lavado de la luz que, ahora, presiente
el momento de la servidumbre y del férreo nublado.
Será muy clara: espumas y escarchas, polvareda
de tiza en un mediodía de corazas encendidas,
la cuadriga de púrpura del pabellón resplandeciente.
Será muy clara: el oro de viejas roderas
en las veredas trilladas, moneda de la luz,
moneda del recuerdo que tantas manos pulen,
plegaria del cobre y el joyel oxidado.
Así nos afila, en los bordes de la tarde,
la ciega orfebrería del invierno, la borrasca
que atormenta los ojos extraviados en el cielo.
Ayer apenas fue jornada de agua,
hoy de granizo, mañana de fuego.
Revoloteando, la nieve nos promete hogueras
y de la brasa enjuta ha de nacer el destello del hielo.
Guarecidos, veremos el bosque del temor
y el canto de los pájaros muertos dirá nuestro destino.

Soneto

☞ **Théophile de Viau**

Traducción de Octavio Paz

**Soñé anoche que Filis, de regreso,
bella como lo fue en la luz del día,
quiso que yo gozase su fantasma,
nuevo Ixión abrazado a una nube.**

**Se deslizó en mi lecho murmurando,
ya desnuda su sombra: “Al fin he vuelto,
Damón, y más hermosa: el reino triste
donde me guarda el hado, me embellece.**

**Vengo para gozarte, bello amante,
vengo por remorir entre tus brazos”.
Después, cuando mi llama se extinguía:**

**“Adiós —dijo—, regreso entre los muertos.
De joder con mi cuerpo te jactabas,
jáctate hoy de haber jodido mi alma”.**

Baudelaire cita en *Mon coeur mise à nu* este soneto de Théophile de Viau pero lo atribuye a Mayard o a Rancan. El error no disminuye la penetración crítica de Baudelaire: la punzante sensualidad de ese poema es la de los fuegos fatuos. Como señala Jean-Pierre Chauveau en el prefacio a su antología de la poesía francesa del siglo XVII (Gallimard, 1992), Théophile de Viau (o Théophile a secas, como era conocido por sus contemporáneos) es uno de los grandes poetas del llamado “Gran Siglo”, una época esterilizada por Richelieu, Luis XIV y la Academia y que anuncia la gran sequía poética del siglo XVIII. Gracias a Théophile y a dos o tres poetas más, la gran tradición del siglo XVI se perpetúa por unos años, antes de extinguirse hasta su resurrección en el periodo romántico. Heredero de Ronsard, el joven poeta fue muy leído en los comienzos del siglo XVII. Fue el caudillo del clan de los “libertinos”, un grupo de poetas y escritores que fascinó y escandalizó a la corte del joven Luis XIII por sus escritos, sus ideas y sus actitudes. Entre otros textos curiosos de Théophile está una oda en homenaje a Georges Villiers, duque de Buckingham, un nombre que evoca, para mí y para cientos de miles de lectores, el libro de Dumas: *Los tres mosqueteros*. Viau también escribió parte del ballet

Les Princes de Chipre, representado ante Luis XIII y su joven esposa, Ana de Austria, en 1617. Su favor en la corte duró poco. Atacado por el “partido devoto”, acusado de ateísmo y perseguido por los jesuitas, sufrió encierro en una mazmorra y fue condenado a muerte. Sólo pudo salvarse por la protección de un poderoso señor, el duque de Montmorency, que logró cambiar la sentencia por la de destierro. Quebrantado por los dos años de cárcel, murió al poco tiempo en la residencia de los Montmorency, el castillo y el parque de Chantilly, que él había cantado en uno de sus poemas más alabados, *La Maison de Sylvie*. ¿Cómo no pensar en Nerval y en su *Sylvie*, ese relato al que es perfectamente aplicable una frase del mismo Nerval: “tu imaginación está en tus recuerdos”? También para Théophile los recuerdos nutrieron a su imaginación: escribió *La Maison de Sylvie* en la cárcel, rememorando los días felices pasados en Chantilly y sus boscajes. El soneto que he traducido se inscribe en la tradición del “fantasma” y del regreso que ilustran, entre otros, Propertio, Quevedo y el mismo Baudelaire. He tocado el tema en la parte final del capítulo “Óyeme con los ojos” de mi libro sobre sor Juana de la Cruz y en *La llama doble*, en el capítulo “Prehistoria del amor”.

OCTAVIO PAZ

Metamorfosis en el libro para niños y jóvenes

☛ **Andrea Fuentes y Juana Inés Dehesa**

► **Los clichés comerciales han hecho de abril el mes del niño. Su último día detona el comercio hasta el absurdo, levantando una cortina de humo delante de la alta responsabilidad que significa ofrecer algo, ya sea un dulce o una enseñanza, a los menores de edad. En este texto, dos de nuestras editoras de libros infantiles, en el sentido más ancho del adjetivo, rompen una lanza poética por la literatura como herramienta de conocimiento.**

*Hay otro mundo
y está en éste*
PAUL ÉLUARD

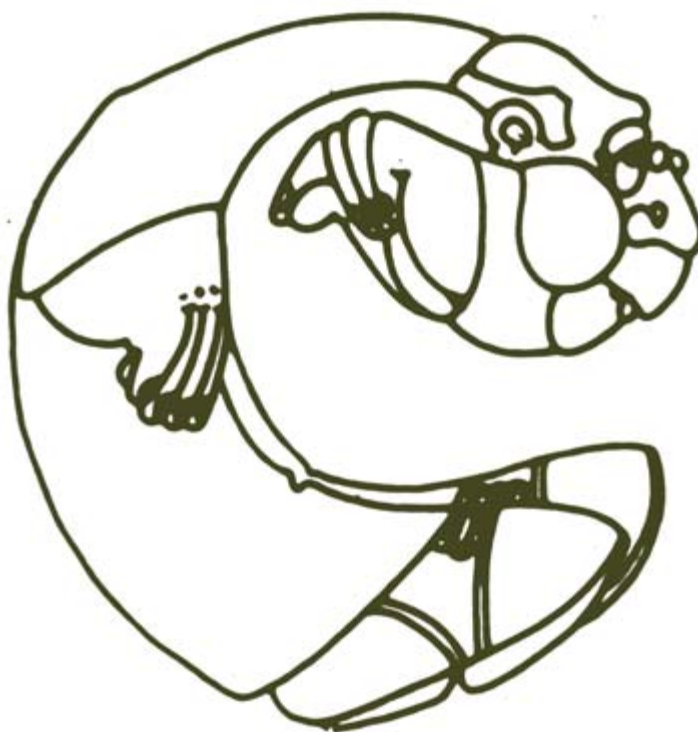
“**L**a fascinación es un pájaro de tres cabezas: nos hace ir en búsqueda de algo sin que sepamos qué es, nos hace preguntarnos por qué lo encontramos, nos hace ser la fascinación misma.” Un libro, fascinación a la que se arriba desde distintas riberas, es el mar donde nos sumergimos para preguntarnos por la vida.

Las historias son el vehículo a través de cuyas ventanillas podemos ver ese paisaje cambiante y siempre desconocido que es nuestro propio espíritu, nuestra propia geografía. Al construir otras voces, esa paradoja que es la literatura nos ayuda a ensayar el tono exacto de la propia, que habla en boca de otros, que se inventa en otros, con otra cara y otro lugar, pero que siempre nos remite a nosotros mismos; es un placer, incluso tiene algo de agonía. Leer nos permite salir del aquí y el ahora y, con ello, transgredir lo cotidiano, ser otros y volver mucho más completos al mundo que, impaciente, nos espera más allá de los libros, porque nadie que lee, o se lee, permanece el mismo.

La literatura para niños y jóvenes, si bien reciente como tal en la historia de la humanidad, tiene sus antecedentes en esta antigua y básica premisa: la intuición natural de acercarse al mundo de la palabra, por medio de la que creamos y reinventamos el espacio que habitamos. En el universo de posibilidades que abre la lectura no existe una forma específica para hablar y crear todos estos procesos, pero sí diversos intereses y etapas desde los que se abordan y descubren. Ya sea en la iniciación lectora, solos o acompañados, ya sea a través de ilustraciones cuyo lenguaje propio extiende y dota de nuevos signos a las palabras, a través de relecturas de cuentos, en versos o en juegos, las distintas maneras de pronunciar y enunciar al mundo son el instante, como lo llama Steiner, de la fijeza momentánea: “Un equilibrio, a un tiempo precario y perfecto, que dura lo que dura un instante”, el instante breve y absoluto donde ocurre la metamorfosis. ¿Cómo estar presentes en esa metamorfosis

y cómo generarla, cómo seleccionar textos que sean barcas para navegar en esos mares, cómo ser interlocutores o trazar puentes entre las palabras y los ojos de los lectores y por lo tanto de su firmamento?

Si concebimos la lectura como una cebolla, que lleva dentro capas y capas que pueden descubrirse una por una, muñeca rusa que guarda dentro otra muñeca y ésta dentro otra, donde cada una tiene diferentes significados, sabremos que quien se siente una tarde con un libro deleitable y evocativo sobre las rodillas le dará un sentido único a las palabras y a las imágenes que ante sus ojos se vayan desenvolviendo: y la historia que lea será otra historia, una nueva historia amasada con sentimientos y percepciones donde se engendrará un territorio propio de expresión que le dirá algo de sí mismo, ayudándole a nombrar realidades sentidas, a inventar y olvidar su identidad y su lugar en el mundo, descubriéndolo, comprendiéndolo, recreándolo.



Cuatro nuevas colecciones están a punto de ser puestas en el mercado por la Gerencia de Obras para Niños y Jóvenes de nuestra casa editorial. Una de ellas, llamada Primerísimos, busca estimular las etapas iniciales del desarrollo lector mediante breves historias con sugerentes ilustraciones a color que ofrecen diferentes miradas para la construcción afectiva y cognitiva. Sus primeros títulos son *Secreto de familia*, de Isol; *La suerte de Ozu*, de Claudia Rueda; *Papelitos*, de María Cristina Ramos e ilustrado por Claudia Legnazzi, y *El punto y la raya*, del matemático Norton Juster.

La segunda, A Través del Espejo, está conformada por ingeniosas novelas donde las palabras proponen un reto lector distinto que ensaya, desde diversos temas y estilos, pensamientos sobre múltiples facetas de la humanidad. El propósito es que los jóvenes, una vez que las lecturas de infancia han quedado atrás, sigan descubriendo otros espacios de la literatura para habitar el mundo. Las obras que primero verán la luz en esta colección son *El siglo xx*, del narrador argentino Marcelo Birmajer; *Fernanda y los mundos secretos*, de Ricardo Chávez Castañeda, y *El domador del viento*, de Geraldine McCaughrean.

No es exagerado decir que lo que reposa en el corazón del arte es el juego: cada artista propone una forma de ver el mundo que, en los libros de El Nombre del Juego Es —la tercera colección—, se analiza y se comparte en “bromas” que guardan un mensaje muy serio. Así, podremos acercarnos a *El nombre del juego es Borges*, *El nombre del juego es Cervantes* y *El nombre del juego es Posada*, dedicados al autor de *El aleph*, al manco leparino y al grabador mexicano que puso a bailar las calaveras.

Finalmente, en Clásicos encontraremos los cuentos que han compartido lectores y escuchas a lo largo de la historia, con una propuesta gráfica que complementa la lectura y la llena de nuevos significados. Será la ocasión de acercarnos de nuevo a *Hansel y Gretel* para disfrutar las enigmáticas ilustraciones de Anthony Browne, o de “oír” *El cuento de los contadores de cuentos*, escrito por Nacer Khemir e ilustrado por Claudio Romo, para así hacer de la literatura un modo de aprender a nosotros mismos.

Qué es leer

 **Jorge Larrosa**

► **En la incesante y no siempre productiva búsqueda de lectores, a menudo se olvida qué entendemos por leer.**

En *La experiencia de la lectura*, obra que forma parte de la colección Espacios para la Lectura, se explora el significado mayor de una actividad cuyo propósito es la transformación individual.

El núcleo de este capítulo tendrá, a partir de aquí, un formato muy clásico: un comentario de texto. Se tratará de realizar un ejercicio menor, trivialmente escolar, casi convencional: plantear un tema de discusión, proponer un texto como material, y hacer una llamada a pensar sobre el texto o contra el texto o a partir del texto. O, dicho de otra forma, leer un texto que, al menos idealmente, da qué pensar, y formular una única instrucción: lo importante al leer no es lo que nosotros pensemos del texto, sino lo que desde el texto o contra el texto o a partir del texto podamos pensar de nosotros mismos. Si no es así no hay lectura. Si lo importante fuera lo que nosotros pensamos del texto, habría erudición, filología, historicismo. Tendríamos, al final, un texto esclarecido. Quizás hubiésemos aprendido algo que antes no sabíamos. Pero a nosotros no nos habría pasado nada. Y de lo que se trata, al leer, es de que a uno le pase algo.

Uno de los temas que habrá siempre, y que ya hay, en el transcurso de este capítulo es, justamente, qué es eso de leer. Y cuáles son sus peligros. Y cuáles son las precauciones y los mecanismos de control que la pedagogía establece para conjurar esos peligros. Pero qué es eso de leer cuando va en serio, cuando no es un fantaseo trivial o una forma de ocio, cuando no tiene que ver sólo con el aprendizaje de algo exterior, con una

mera adquisición de información. En esos casos al que lee no le pasa nada. Y aquí se trata de qué es eso de leer cuando, al leer, algo (te) pasa. Cuando el leer tiene efectos en uno, lo forma a uno, lo transforma, o lo deforma. Cuando la lectura es una experiencia que va de verdad o, como diría Gadamer, una verdadera experiencia.

La experiencia de la lectura ha sido pensada con la imagen de algo que penetra el alma. Al leer, permitimos que algo entre en nuestra más honda intimidad. Algo se apodera de nuestra imaginación, de nuestros deseos, de nuestras ambiciones. Algo nos afecta en lo propio, en el centro de lo que somos. Leer, cuando va de verdad, es hacer vulnerable el centro mismo de nuestra identidad. No hay lectura si no hay ese movimiento en el que algo, a veces de forma violenta, vulnera lo que somos. Y lo pone en cuestión. La lectura, cuando va de verdad, implica un movimiento de desidentificación, de pérdida de sí, de escisión, de desestabilización, de salida de sí.¹ Es por eso que la literatura es peligrosa. Porque afecta, en un sentido profundo, a lo que hay de más íntimo en cada ser humano. Leer, cuando es más que cubrir un programa de estudios, más que un pasatiempo, más que un ejercicio cultural, es poner en cuestión eso que somos. Incluso cuando eso que somos ha sido estructurado moralmente. Eso es la experiencia de la literatura: aquello que pone en cuestión lo que somos, lo diluye, lo saca de sí. Es en ese sentido que la literatura es una experiencia de transformación.

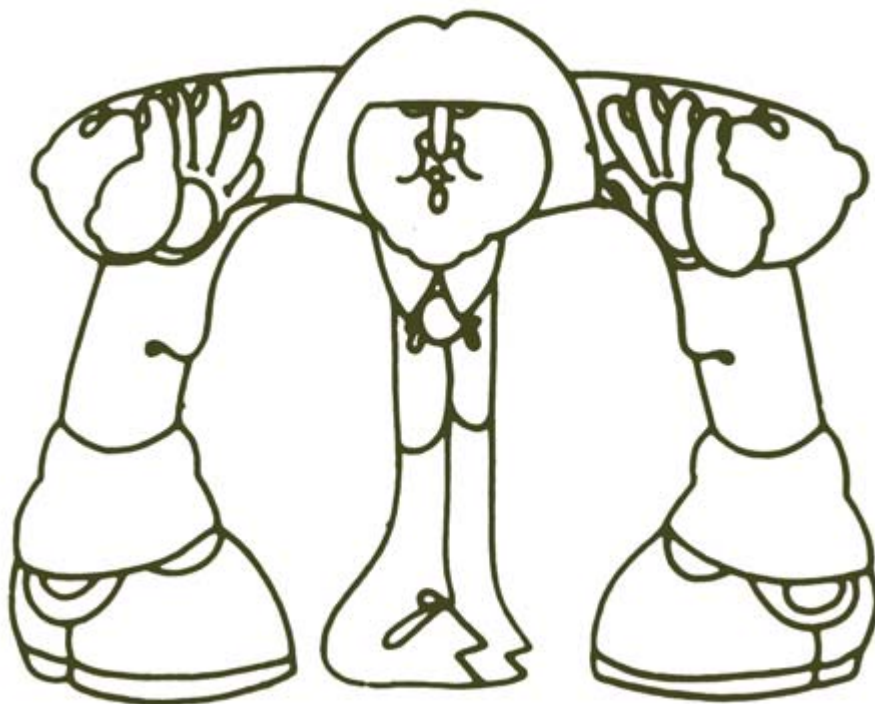
El control pedagógico de la experiencia de la literatura como experiencia de transformación tendrá, entonces, dos modalidades básicas. En primer lugar, desactivar su fuerza transformadora mediante operaciones encaminadas a acorazar y solidificar la conciencia. Sólo aquel que ya ha sido formado y cuya formación es lo suficientemente sólida

podrá enfrentar su identidad a los ataques de la literatura y salir victorioso. Sólo aquel que tenga los suficientes mecanismos de protección podrá leer sin entregarse, sin disolverse, sin desposeerse, sin ir más allá de un horizonte conocido.

La segunda modalidad del control pedagógico de la literatura como experiencia de transformación consiste en someterla a la lógica de una finalidad sensata y prevista de antemano. En este caso la lectura es parte de un proyecto. La experiencia de la literatura está sometida a una finalidad moral, cognoscitiva, o puramente estética. Pero siempre a un proyecto que la limita y la canaliza. En este caso, la experiencia de la literatura es un medio para llegar a algo. Poner en cuestión lo que somos es un medio para llegar a ser otra cosa: para saber más, para ser mejores, para aumentar nuestra sensibilidad, para conseguir un cierto placer sin consecuencias. Y todo ello en un sentido ya previsto. Perderse sería, de algún modo, una forma de salvarse, disolverse sería una forma de reconstruirse aún más sólidamente, desposeerse sería solamente una forma de modificar y fortalecer la autoposesión.

Leer, entonces, cuando está pedagógicamente asegurado, es una actividad que ha sido lo suficientemente controlada para que nada (malo) (nos) pase, o para que lo que nos pase sea lo que está previsto que nos tiene que pasar y no cualquier otra cosa. Sin embargo, a veces la experiencia de la literatura desborda el uso al que intenta ser sometida, el resultado que había sido anticipadamente previsto. Y entonces lo que nos pasa se abre en un posible inmenso e indefinido.² ¿No será la apertura de ese posible libre y salvaje lo que la pedagogía, en nombre de la moral, trata de conjurar?

Si volvemos al ejercicio que propongo, algo así como entregarnos a un texto que da qué pensar, pero no sobre el texto, sino sobre nosotros mismos, podríamos abrir varias posibilidades a partir de la lectura. La primera posibilidad, desde luego, es que nada nos pase. Que el texto, bien porque no sea capaz de capturar nuestro pensamiento, bien porque solamente confirme nuestra manera de pensar, no nos afecte en lo propio. O, si lo afecta, no lo ponga en cuestión. Tendríamos un texto que no habría podido convertirse en una llamada, que no nos



habría perturbado, que no habría roto, como pedía Kafka, “el mar congelado que llevamos dentro”. La segunda posibilidad es que lo que nos pase esté dentro de lo previsto. Aquí el texto sí que capturaría nuestro pensamiento, sí que pondría en cuestión lo que pensamos, sí que nos afectaría en lo propio, pero para hacernos pensar de la forma que el autor (o el comentarista) han previsto. El cuestionamiento de lo propio se haría en nombre de alguna autoridad. El dar qué pensar del texto estaría sometido, así, a alguna forma de proselitismo. El autor, o el comentarista, buscarían, a partir del texto, a partir del pensamiento sobre el texto, la realización de un determinado proyecto sobre la conciencia de los lectores.

La tercera posibilidad, desde luego, sólo puede definirse intransitivamente. Como decía Handke, sería la producción de “esto y aquello”. O de forma negativa, como puro cuestionamiento: en la cita anterior de Kafka, cómo algo nos habría “golpeado el cráneo”. Nuestro pensamiento, por efecto de la lectura, se habría hecho libre. La lectura sólo habría funcionado, respecto a nosotros mismos, como un poder de contestación. Como una contestación de nosotros mismos en los límites de nuestro pensamiento.

NOTAS

1. A los veinte años, escribía Kafka: “Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeara en el crá-

neo, ¿para qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros, y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro.” Citado por George Steiner, *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa, 1982, p. 101.

2. “La llamada, cuando es creíble, exhaustiva y vibrante, musical y temblorosa ella misma ante aquello que afecta a alguien, entonces es eficaz. Lo que produce es algo que uno no puede denominar transitivo: produce esto y aquello” (Peter Handke, *Pero yo vivo solamente de los intersticios*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 79).



Estudiar y trabajar en la infancia

☞ David Post

► **Para millones de menores de 18 años, el día del niño es un cruel sarcasmo, pues para ellos la infancia está lejos de ser un paraíso de alegría y mimos paternos y se parece más a una adultez anticipada. En nuestra Sección de Obras de Educación y Pedagogía se publicó el año pasado *El trabajo, la escuela y el bienestar de los niños de América Latina. Los casos de Chile, Perú y México, que sirve para comprender el mecanismo por el cual a menudo los niños se ven obligados a trabajar, empeñando así su porvenir.***

A principios de los años ochenta, una época de amenaza de suspensión de pagos de los préstamos para el desarrollo en varios países, circulaba un chiste corrosivo entre los investigadores y los abogados latinoamericanos: “Si le debes cien dólares al banco, tienes un problema, pero si le debes cien millones, el problema lo tiene el banco.” Los análisis de las políticas para los niños trabajadores y de la temprana deserción escolar comparten esa misma visión amarga. En un país donde pocos padres se vean obligados a contar con el trabajo infantil, o a permitir que sus hijos abandonen la escuela prematuramente, estos padres atípicos pueden ser considerados como un “problema” para sus hijos. Pero en una nación, o en un mundo en el que laboran enormes cantidades de niños, ya a expensas de su educación o como carga añadida a ésta, entonces el problema no es sólo de su familia. La OIT calcula que existen 250 millones de niños trabajadores en el mundo. Cuando un país adopta la enseñanza obligatoria pero no puede imponerla, no se ha de culpar en forma personal a los niños sin

escuela ni a los trabajadores menores de edad por la incapacidad de la nación para alcanzar las metas del desarrollo. Como lo declaró en forma concisa Francisco Verdara, economista laboral peruano: “Que una familia opte por mandar a sus hijos a trabajar en lugar de enviarlos a la escuela es algo que refleja la calidad de vida de su país.” El UNICEF adopta la misma perspectiva: “Como la pobreza misma, el costo prohibitivo de la educación, que mantiene a los niños fuera de la escuela y aumenta la probabilidad de que se queden en trabajos riesgosos, también debe considerarse como consecuencia de políticas y prioridades erróneas, y no como si fuera algo natural, e incluso inevitable.” [...]

Este libro trata de las razones y la forma en que el tiempo y las energías infantiles se distribuyen entre el hogar, la escuela y el mundo laboral en América Latina. El propósito principal es describir cómo se determina esta distribución, y analizar los factores políticos y sociales de los cambios en la actividad diaria de los niños en Chile, Perú y México. No obstante, hay que decir al menos unas palabras sobre las *consecuencias* que tiene para los niños la manera de distribuir el tiempo. Los economistas del desarrollo de todas las tendencias coinciden en que la enseñanza formal, al menos hasta el nivel secundario, es esencial para que los niños tengan por lo menos la oportunidad de ganar un salario de subsistencia plena cuando lleguen a adultos. Incluso en los países en que se reconoce que la calidad de la enseñanza es pobre, los investigadores de la educación encuentran que el “efecto de credencial” de asistencia a la escuela es poderoso. Es decir, aun cuando la escuela logre desarrollar pocas capacidades reales, el haberla concluido es para los empleados una clara señal de que el candidato cumple con los requisitos de compromiso con el trabajo y que puede recibir capacitación para el mismo. Por consi-

guiente, desde el punto de vista de los niños y sus familias, la decisión de asistir de tiempo completo a la escuela (sin trabajar) es mejor que la de buscar empleo de tiempo completo (sin asistir a la escuela). Muchos estudios concuerdan en que los beneficios económicos individuales que se obtienen al contar con la enseñanza secundaria reintegrarán con creces la inversión en el tiempo de los niños. Las investigaciones de mis colegas David Abler y sus colaboradores, basadas en los datos que utilizamos de las encuestas de hogares en México y Perú, apoyan asimismo esa conclusión: los trabajadores que completan la enseñanza secundaria ganan más que los que suspenden su educación después de la primaria. En la mayoría de los niños, los rendimientos individuales de la educación secundaria son más altos que cualquier otra inversión de su tiempo y energía.

Muchos analistas del bienestar y todos los defensores de los derechos de los niños estarían interesados en eliminar cualquier tipo de trabajo que impida a éstos completar el nivel de enseñanza obligatoria decretado en sus sociedades. Pero, ¿qué pasa con la *combinación* de trabajo y asistencia a la escuela? ¿Es eso necesariamente dañino para los niños? La pregunta es de especial interés en el caso de México y Perú, porque muchos adolescentes —incluso aquellos que dicen tener un trabajo regular— asisten también a la escuela. Gran parte de nuestro libro está dedicada a las políticas y la sociología de la minoría que ha sido dejada atrás, es decir, los niños a los que se les impide asistir a la escuela y que son marcados de por vida como consecuencia del trabajo infantil. Pero primero debemos analizar un aspecto menos preciso que hay alrededor de este trabajo, el de los jóvenes que también asisten a la escuela. Felicia Marie Knaul, al revisar los antecedentes de un grupo de trabajadores mexicanos, comparó los ingresos

de aquellos que habían empezado a trabajar antes de terminar la escuela con los de quienes no lo hicieron hasta concluir-la. Aunque la combinación de trabajo y educación era más ventajosa en materia de ingresos que abandonar la escuela por completo, Knaul también descubrió que el entrar precozmente en la fuerza laboral tenía un considerable efecto negativo sobre los ingresos, aun teniendo en cuenta que cada grupo era autoelegido y de una población diferente. Concluyó que “la combinación del trabajo con la escuela es parte de un ciclo que perpetúa las desigualdades y la pobreza intergeneracional”, dado que las familias más pobres serán las que con mayor probabilidad requerirán los ingresos y la ayuda de sus hijos después de la jornada escolar.

Una pregunta relacionada con este tema es: ¿el trabajo prematuro aporta algo a la educación de los adolescentes? ¿Se paga tal beneficio con una pérdida del desarrollo del conocimiento que el estudiante pudiera adquirir en la escuela? Este punto, que siempre ha interesado tanto a las familias como a los legisladores en Estados Unidos, es un tema muy nuevo en América Latina. Para circunscribir estas preguntas, podemos resumir las investigaciones basadas en el Tercer Estudio Internacional de Matemáticas y Ciencia (TEIMS). Esta investigación mundial sobre el logro estudiantil entre los 13 y los 14 años fue patrocinada por la Asociación Internacional de Evaluación en 1995. Gran parte de las diferencias en el logro académico entre las naciones puede explicarse por sus diferencias en las tasas de empleo posterior a la escuela. Esto sugiere al menos la posibilidad de que parte de la diferencia internacional en el logro académico pudiera atribuirse a las tasas de empleo de los estudiantes. En este caso, sería del interés propio de cada nación escudriñar la relación entre el empleo y el aprovechamiento de sus estudiantes para desarrollar políticas de integración que promovieran la competitividad nacional.

Aun con las limitaciones de este análisis de corte transversal y la falta de información precisa sobre los antecedentes familiares de los estudiantes, los datos del TEIMS nos permiten estudiar dicha relación. La metodología de la encuesta incluyó una lista consensuada de preguntas comunes formuladas a estudiantes en



todos los países. La que aquí nos interesa es la formulada a los estudiantes de octavo grado: “Fuera de la escuela, ¿cuánto tiempo por semana dedicas a un trabajo de paga?” Aunque en el TEIMS no había información sobre antecedentes familiares obtenida directamente de los padres, las respuestas de los estudiantes a las preguntas acerca de la educación recibida por sus padres y el número de libros que hay en su hogar pueden aportar datos sobre las características de sus familias.

Existe una clara relación entre el logro académico promedio de un país y las proporciones nacionales de los estudiantes de octavo grado que trabajan por una paga durante la semana escolar. [...] Al analizar las razones subyacentes tras esta relación, debemos considerar la posibilidad de que la evidente relación inversa no sea una relación causal en ninguna dirección. Más bien, tanto el nivel del aprovechamiento estudiantil como la tasa de empleo de los estudiantes pueden estar determinados por las características del sistema educativo y por la economía del país. En las naciones más ricas, las familias por lo general pueden prescindir de los ingresos del trabajo de los niños. En estos países más ricos las familias pueden, en general, invertir recursos en la educación de sus hijos porque no enfrentan restricciones de crédito para sus inversiones. Al mismo tiempo, las naciones más ricas pueden permitirse emplear a maestros de tiempo completo, ofrecer libros de texto gratuitos a sus estudiantes, mantener bibliotecas escolares y, en general, brindar un ambiente más

fértil para la enseñanza en comparación con los países más pobres. La interpretación teórica que se bosqueja aquí [...] podría reflejar el hecho de que los estudiantes de los países más pobres tienden a trabajar más y a avanzar menos, pero *no* necesariamente lograr menos *como resultado* de trabajar más.

Intentamos investigar la posibilidad de que el aprovechamiento nacional estuviera más relacionado con la riqueza, la que puede incrementarlo indirectamente al decrecer el índice de empleo de los estudiantes. [...] Encontramos que el producto nacional bruto (PNB) per cápita determina, en parte, el promedio del aprovechamiento en matemáticas de una nación. No obstante, el efecto de este indicador de los recursos nacionales no elimina ni “da razones que desdénen” el efecto de la tasa laboral de los estudiantes. [...] Este hallazgo no sorprendería a los psicólogos de la educación y a los investigadores del trabajo infantil colombianos, como María Cristina Salazar, quien refiriéndose a su país dice que “la naturaleza del trabajo que los niños llevan a cabo, en especial en las zonas rurales, difícilmente puede conducir al éxito en el estudio. Los niños tienen que luchar contra su agotamiento para poder concentrarse en clase, les queda muy poco tiempo para estudiar o hacer su tarea. En resumen, la carga del trabajo convierte a la escuela en otra carga, comprometiendo con ello las motivaciones y el desempeño de los niños.”

Traducción de
Graciela Noemí Bayúgar Faigenbaum

Siete décadas de *El Trimestre Económico*

☞ Fausto Hernández Trillo

► **Éste es un año de fiesta para nuestra casa. Los festejos comenzaron en enero, cuando *El Trimestre Económico* alcanzó los setenta años de edad. En este texto, su director actual recorre y evalúa ese largo sendero, por el que han pasado los temas y los autores que construyeron la ciencia económica en América Latina.**

Los últimos 70 años de la historia económica de América Latina han sido sin duda alguna muy accidentados. Los problemas persisten en la actualidad: crisis financieras y económicas recurrentes, aunque de causas variadas; persistente desigualdad en el ingreso y en los niveles de pobreza; falta de competitividad industrial, entre otros.

La teoría económica ha intentado explicar dichos problemas con el objeto de extraer lecciones de política y evitar su repetición, en ocasiones con éxito, en otras el vacío persiste. Las herramientas utilizadas para ello varían de acuerdo con el contexto histórico, político, económico y social, así como con el paradigma predominante en la disciplina en el ámbito mundial y nacional. Actualmente, la ciencia económica se ha desarrollado de manera considerable y hoy día se conocen mejor (aunque no totalmente) las causas de la inflación, del desempleo, de la pobreza y la desigualdad en el ingreso, etcétera, aunque sus soluciones sean todavía motivo de debate. A pesar de esta incapacidad para solucionar algunos de los problemas de la región, resulta innegable la contribución de la teoría económica para el entendimiento de los problemas de los países, incluida América Latina. Estas aportaciones se encuentran documentadas en las revistas académicas del mundo.

En México la primera revista acadé-

mica fue *El Trimestre Económico*, cuyo número inicial apareció hace 70 años. De acuerdo con sus propios iniciadores fue fundada sin pretensiones extraterritoriales, pero debido a su alta calidad fue imponiéndose progresivamente en el continente al sur del río Bravo, al tiempo que sus editores alentaban la colaboración de autores latinoamericanos y daban a la revista una preocupación y un enfoque latinoamericanos. De esta manera se convirtió en el principal vehículo de expresión del pensamiento técnico en esta rama del conocimiento.

Antes de su fundación, el análisis económico de los problemas de la región se encontraba muy fragmentado, sin una estructura propia, al grado de que es difícil identificar un pensamiento económico propiamente latinoamericano para entonces. *El Trimestre* contribuyó de manera importante a la formación de dicho pensamiento así como a la estructuración y análisis técnico de los problemas económicos de América Latina. Para aquel tiempo lo que se hacía era revisar los aportes del extranjero para tratar de explicar los problemas nacionales. Sin embargo, esta teoría económica proveniente del exterior muchas veces no suministraba los instrumentos inte-

lectuales adecuados para los propósitos específicos de la región. Tal es el caso de la teoría del desarrollo en los años que siguieron a la terminación de la segunda guerra mundial, o de la teoría de la inflación a fines de los años cincuenta y durante la década de los sesenta. *El Trimestre* se ocupó del análisis de dichos fenómenos para la región y puede presumir de haber contribuido a la teoría del desarrollo.

Para la formación de dicho pensamiento, *El Trimestre* tradujo obras de economistas extranjeros de gran envergadura. Tal es el caso de trabajos de Keynes, Robertson, Cassel, Fisher, Hicks, Sraffa, Robinson, Kalecki, Kaldor, Haberler, Schumpeter, Hansen, Lange, Nurske, Tinbergen, Leontief, Viner, Kuznets, Hirschman, Lewis, Bernstein, Chenery, Adler, Singer, entre otros. Si bien en los primeros volúmenes de la revista los artículos sobre problemas de los países industriales y la teoría que los explicaba (o trataba) absorbían una buena parte del espacio, una revisión del índice en esa época sugiere que de manera incipiente se va gestando una teoría del desarrollo más latinoamericanista, aunque de difícil definición, sobre todo después de la segunda guerra mundial. Todo esto bajo la dirección de profesionales como Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez, Jesús Silva Herzog, Víctor Urquidí y Javier Márquez; los editores siguientes fueron Óscar Soberón, Carlos Bazdresch, Rodolfo de la Torre y José Blanco.

Coincido con Felipe Pazos en que para inicios de la década de los cuarenta no existía una teoría del desarrollo propiamente dicha. Los economistas clásicos del siglo XVIII y principios del XIX habían estudiado los problemas provenientes de los aumentos de población, por la introducción de nuevas máquinas y por la utilización de tierras más pobres, pero no examinaron los problemas de la sustitución de los modos de pro-



ducción tradicionales por los métodos modernos. Posteriormente, los economistas neoclásicos de finales del siglo XIX olvidaron los problemas del crecimiento y del cambio tecnológico. John Maynard Keynes, por su parte, centró su atención en los problemas de la demanda en las naciones industriales, pero no estudió los problemas de producción de los países agrícolas y mineros. No existió, pues, una teoría del desarrollo sino hasta la década de los cuarenta, pero esta teoría se centraba en la evolución del progreso económico en países industrializados, con la notable excepción de *La teoría del desarrollo económico* de Joseph Schumpeter, publicada en 1912, y no se daban pautas sobre la política que debía seguirse en América Latina para promover su desarrollo, por lo que se hacía necesario llenar este vacío.

En esa década, *El Trimestre* publica dos artículos que nos dan dirección sobre una teoría del desarrollo más latinoamericana. El primero es "El progreso económico de México: problemas y soluciones", de Víctor Urquidí, que apareció en 1946 y en el que se dan elementos para la solución de los problemas específicos de México en términos de inversión. El segundo de ellos corresponde a Raúl Prebisch, que es el informe a la CEPAL de 1949, intitulado "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", donde se lanza la teoría de los términos del intercambio.

Más allá de analizar las muchas fortalezas y algunas debilidades de dichos artículos, es menester destacar que, si bien la teoría del desarrollo no fue un producto latinoamericano, los economistas de esta región contribuyeron de manera importante a la misma, incluso adelantándose en ocasiones a las contrapartes de países avanzados. Para el FCE debe ser motivo de orgullo que *El Trimestre* haya sido una pieza fundamental en ello.

Durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, América Latina experimenta un crecimiento económico considerable, acompañado de elevadas presiones inflacionarias así como de un aumento en la desigualdad económica. Ante ello, *El Trimestre* juega un papel importante con la publicación de numerosos artículos para explicar dicho fenómeno. En los setenta, por contrapartida, se vuelve

más notoria la incapacidad del modelo latinoamericano de desarrollo para emplear productivamente todos los incrementos de la fuerza de trabajo y la persistencia de la inflación en algunos de los países más grandes, lo cual debilita paulatinamente la confianza en la política de desarrollo existente en la región. Las críticas vienen de la derecha y de la izquierda, de dentro y de fuera del grupo de sus creadores y propugnadores, pero en las páginas de *El Trimestre* se continúa documentando, analizando y, en su caso, criticando dichos fenómenos con la proposición de alternativas. En los inicios de la década de los ochenta estalla la crisis mexicana de la deuda, que se propaga a todo el continente, y con ello se inicia un nuevo proceso intelectual para explicar lo sucedido y a la postre proporcionar lecciones de política.

Durante esos años, la metodología de análisis de los problemas económicos de América Latina se transforma. Primero, debido al agotamiento de la teoría del desarrollo y de las propias teorías económicas predominantes en la época, incluso a nivel mundial. Sólo recuerde el lector que aun en los países industrializados la teoría económica da un giro importante en los años setenta para constituirse en lo que predomina hoy día, y que algunos critican; y, segundo, otros argumentan que ello se debe a la "americanización" de la economía en la región.

Lo que es cierto es que había que llenar un vacío y desarrollar nuevos instrumentos y herramientas para entender mejor la realidad económica de la época, que mostraba ya bajo crecimiento, presiones inflacionarias y una persistente desigualdad en el ingreso. Es importante destacar que dichos problemas aún ahora subsisten en la región. La respuesta intelectual fue abordar el problema haciendo uso de lo que algunos consideran los tres pilares de la economía: *i*] la historia económica y la de las ideas, con el objeto de plantear preguntas relevantes; *ii*] la teoría económica para responder dichos interrogantes con congruencia lógica, y *iii*] el uso de métodos cuantitativos para corroborar la validez empírica de los planteamientos. Desde entonces, *El Trimestre* se ha concentrado en recibir trabajos originales de los distintos economistas del mundo que presentan propuestas en esta dirección para América Latina. Se da inicio, pues, a lo que hoy se

conoce como economía del desarrollo, aunque ello no significa que se haya renunciado a escritos sobre desarrollo económico fundamentados.

Por último, otro aspecto relevante que conviene destacar es que a partir de mediados de los ochenta con la intención de mantenerse a la vanguardia, nuestra revista adopta la evaluación entre pares por medio de dictaminación ciega. Ello fue necesario por varias razones. Primero, debido a que la propia economía se especializó muy profundamente en bloques y comenzaron a aflorar escritos muy concentrados en una subrama de la economía, cuya pertinencia académica sólo otro especialista en ella estaría intelectualmente facultado para apreciar; segundo, el modelo científico más exitoso en el mundo, adoptado tiempo atrás en Europa, Estados Unidos, Canadá y algunos países asiáticos (aunque debe señalarse que el arbitraje anónimo se da primero en las ciencias exactas y se adapta posteriormente a las ciencias sociales), sugería que la dictaminación ciega entre pares era un instrumento fundamental para el avance del conocimiento científico. Aquí se puede argumentar que esto es parte de la "americanización", pero ello existe en Europa aun antes que en nuestro vecino del norte. Hoy en día un buen número de revistas académicas marxistas se dictaminan de forma ciega. Finalmente, ello aseguraba igualdad de oportunidades a todo aquel economista que sometiera un artículo para su posible publicación. Esto último también coincide con el hecho de que la disciplina ha experimentado un crecimiento importante en el número de economistas que destinan sus esfuerzos a desarrollar ideas conceptualmente congruentes.

En suma, *El Trimestre Económico* es hoy una revista académica moderna, la única revista económica en castellano que es reconocida por el Índice Mundial de Citas en Ciencias Sociales, con una orientación hacia trabajos rigurosos y con relevancia desde el punto de vista de decisiones de política.



Primeros trimestres

☞ **Graciela Márquez**

► **El Trimestre Económico ha sido, desde sus orígenes, más que una revista académica: ha sido un polo para el desarrollo del pensamiento económico en América Latina. Al analizar el periodo entre 1934 y 1950, los años en que Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor estuvieron al frente de la publicación, la investigadora de El Colegio de México pone de manifiesto este ánimo divulgativo y dialogante.**

Los estudios formales de economía se iniciaron en México en 1929, cuando fue inaugurada en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional una sección dedicada a la enseñanza de la economía. Una demanda creciente de profesionales especializados en asuntos económicos para las dependencias públicas se había gestado en la década de los años veinte, pero en el país existía sólo un puñado de economistas que habían estudiado en el ex-

tranjero. Por supuesto, muchos contadores, ingenieros, abogados y agrónomos habían adquirido conocimientos económicos en la práctica y a través de los escasísimos cursos que se impartían en la Universidad Nacional y en la Escuela Nacional de Agricultura. En 1928, Jesús Silva Herzog y Antonio Espinosa de los Monteros promovieron la organización del gremio con la fundación del Instituto de Investigaciones Económicas, al que se afiliaron medio centenar de abogados, ingenieros, agrónomos, contadores y economistas. Un año después la licenciatura en economía se hacía realidad gracias al impulso de muchos de los afiliados al instituto. Daniel Cosío Villegas, entonces secretario general de la Universidad Nacional, dictaba la cátedra inaugural de teoría económica en la nueva licenciatura, en la que también participaban Antonio Espinosa de los Monteros y Miguel Palacios Macedo. Además de exenciones de colegiatura, Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor consiguieron que el gobierno federal destinara plazas de la administración pública para los egresados de la licenciatura. En 1931, una revisión del plan de estudios a

cargo de Palacios Macedo disminuyó el interés de los estudiantes y generó dificultades para encontrar docentes capacitados para enseñar los cursos. No mucho tiempo después, en 1934, el rector Gómez Morín convirtió la sección de economía de la Facultad de Derecho en la Escuela Nacional de Economía, cuya dirección fue ocupada en forma interina por Jesús Silva Herzog y Federico Bach, y finalmente fue nombrado como primer director Enrique González Aparicio.

En los años treinta, impulsar el estudio de la economía en México era un asunto nada fácil de resolver. Primero había que convencer a los estudiantes de iniciar estudios en una nueva disciplina, contar con un plan de estudios adecuado a la preparación de los docentes y buscar fuentes de empleo a los egresados. Estas dificultades fueron parcialmente resueltas durante los primeros años de la sección de economía de la Facultad de Derecho. Se otorgaron becas a los estudiantes, se adecuaron planes de estudios a las especialidades de los profesores y se buscó apoyo del gobierno para abrir plazas dentro de la administración pública.

Pero no eran éstos todos los problemas que enfrentaba la docencia económica. De los pocos textos de economía disponibles en el país se contaban los de Martínez Sobral, *Principios de economía con especial referencia a las condiciones mexicanas*, de 1919, y *Compendio de economía*, de 1924, y el de Alfons Goldschmidt, *Fundamentos de la ciencia económica*, también de 1924. La mayoría de los textos, sin embargo, sólo se encontraban en ediciones extranjeras, que generalmente eran de difícil acceso. Pocos estudiantes de la Universidad Nacional dedicaban tiempo completo a sus estudios y sus conocimientos de idiomas extranjeros eran casi inexistentes. Esto limitaba considerablemente el material de estudio que podía ofrecerse a los estudiantes, forzando en muchas ocasiones a los docentes a





ofrecer ellos mismos las traducciones. Por ejemplo, como docente de la Escuela Nacional de Economía, Cosío Villegas siempre recurrió a material especializado, usualmente editado en el extranjero. En los apuntes de su curso de historia económica, las referencias a obras publicadas en el extranjero son abundantes. De hecho, al final de la duodécima lección, Cosío Villegas incluyó su traducción del segundo capítulo de *An Economic History of Europe*, de Arthur Birnie, obra que años después, en 1940, sería publicada en su totalidad por el Fondo de Cultura Económica.

¿Cómo salvar esta dificultad? Con ediciones en español a precios accesibles. La respuesta era fácil pero la empresa mayúscula. ¿Era posible publicar en México los libros que permitirían formar a los economistas mexicanos? Estas preocupaciones eran compartidas por un grupo de economistas —Eduardo Villaseñor, Palacios Macedo, Gómez Morín y el propio Cosío Villegas— que percibían con claridad que era crucial hacer accesible los desarrollos teóricos y metodológicos de otras latitudes a los estudiantes mexicanos. Cosío Villegas encabezó esta tarea primero con la publicación de una revista especializada y después con la fundación de una casa editorial.

Durante su visita a España a principios de 1933, Cosío Villegas buscó interesar a dos editoriales españolas en un proyecto de traducción y publicación de textos de economía, pero el poco entusiasmo con el que fue recibida su iniciativa lo hizo buscar una alternativa más cercana. A su regreso de España, Cosío Villegas convenció a Eduardo Villaseñor

de empezar por la publicación de una revista. Ambos contaban ya con una pequeña experiencia en la edición de revistas de economía: Villaseñor había sucedido a Silva Herzog como editor de la *Revista Mexicana de Economía*, del Instituto de Investigaciones Económicas, mientras que Cosío Villegas había editado la revista *Economía*, de la Asociación de Banqueros de México. Con el patrocinio de Alberto Misrachi, que había comercializado los primeros tres números de la *Revista Mexicana de Economía*, en enero de 1934 y bajo la dirección compartida de Cosío Villegas y Villaseñor, vio la luz el primer número de *El Trimestre Económico*, revista en la que pronto aparecerían colaboraciones de economistas mexicanos y traducciones de artículos de prestigiados economistas del extranjero. *El Trimestre*, como pronto se le conoció, adoptaba un nombre muy cercano al de la revista dirigida por el profesor Taussig en Harvard, *The Quarterly Journal of Economics*.^{*} En el primer número de *El Trimestre Económico* aparecieron, además de las notas editoriales, textos de Gómez Morín, Roberto López y la traducción de un artículo de Irving Fisher. En realidad, el artículo de Gómez Morín lo era sólo formalmente. Cosío Villegas

^{*} En sus memorias, Cosío Villegas menciona explícitamente que el nombre de *El Trimestre Económico* fue copiado del *Economic Quarterly*. No obstante, nunca existió una revista con tal nombre. Es probable que esa referencia sea un error de las memorias y que en realidad el nombre de la revista sea efectivamente *The Quarterly Journal of Economics*.

le había pedido en repetidas ocasiones una colaboración a Gómez Morín, quien nunca entregó artículo alguno. Como una forma de “castigo” fue el propio Cosío Villegas quien escribió “La organización económica de la sociedad de naciones” y lo publicó con el nombre de Gómez Morín. Durante los siguientes tres años, *El Trimestre* apareció puntualmente bajo el sello editorial de Central de Ediciones y la dirección conjunta de Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor.

Pese a la importancia de *El Trimestre*, sus artículos y traducciones estaban lejos de brindar los textos necesarios para impulsar la enseñanza de la economía. Colegas y amigos no permitieron que la idea de ofrecer textos para la formación de economistas fracasara. Bajo la figura legal de un fideicomiso, en 1934 se creó el Fondo de Cultura Económica, en cuya junta de gobierno figuraban Gonzalo Robles, Manuel Gómez Morín, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Daniel Cosío Villegas y Adolfo Prieto. Con la fundación del FCE, la publicación de *El Trimestre* cambió a esta casa editorial con el número de enero de 1937. A la dirección de *El Trimestre* se sumaron Emigdio Martínez Adame y Manuel Meza Andraca. Este último dejó la dirección en 1940 y sólo se incorporó un nuevo miembro, Víctor L. Urquidí, en 1943. Cosío Villegas y Villaseñor, fundadores de *El Trimestre*, dejaron la dirección de la revista en manos de Jesús Silva Herzog a principios de 1948, aunque ambos permanecerían como miembros del comité editorial hasta 1950.

¿Qué se publicó durante los primeros años de *El Trimestre*? ¿Quiénes eran los autores? Una de las intenciones ini-



ciales de Cosío Villegas y Villaseñor era difundir textos que permitieran conocer los aportes teóricos recientes desarrollados en otras latitudes. Por las contribuciones teóricas de los primeros quince años podemos decir que este objetivo se cumplió. En las páginas de *El Trimestre* encontramos traducciones de artículos escritos por destacados economistas de mediados de siglo como John M. Keynes, J. R. Hicks, Wassily Leontief, J. H. Williams, Robert Triffin, Jan Tinbergen y T. E. Gregory, entre otros. Además, no sólo se publicaron traducciones de los artículos de estos autores sino también de interpretaciones y polémicas escritas por autores mexicanos. Tal es el caso de los artículos escritos por E. Hornedo "La desocupación crónica vista por Keynes" y "¿Tiene razón Keynes?", aparecidos en los volúmenes VII y IX respectivamente. De la misma manera, algunos textos

intentaban explicar algunos conceptos económicos esenciales, como en el caso del artículo de Jorge Espinosa de los Reyes "Una nota sobre el efecto ingreso, el efecto sustitución y la elasticidad de la demanda", aparecido en el volumen XV, o bien el escrito por Germán Cornejo "La competencia monopólica de Chamberlain" incluido en el volumen XIV.

Pero *El Trimestre Económico* no fue ni aspiró a ser una revista exclusivamente teórica. En el contenido de los primeros quince volúmenes, periodo en el que tanto Cosío Villegas como Villaseñor estuvieron involucrados como directores o como miembros del comité editorial, es notable la preocupación por entender la realidad económica mexicana. En cada volumen entre 1934 y 1950 es posible encontrar artículos dedicados al estudio y la reflexión sobre aspectos particulares sobre la economía mexicana. En este grupo pueden incluirse desde trabajos sobre las estadísticas de producción agrícola y salarios, o estudios sobre los efectos de la reforma agraria, hasta ensayos sobre el papel de la banca y las finanzas públicas en el desarrollo económico del país. América Latina también estuvo presente en los ensayos publicados por *El Trimestre*. A lo largo de los años aparecieron análisis generales, como "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", escrito por Raúl Prebisch; trabajos monográficos, como "La banca central en una economía de exportación: el proyecto cubano", de Henry Wallich, y de discusión de la política económica, co-



mo el "Programa para un estudio de la economía argentina", escrito por Arturo Frondizi y publicado en 1947, todos ellos ejemplo de la preocupación por explicar la evolución económica de la región.

La historia económica también tuvo un papel importante en el contenido de *El Trimestre* durante sus primeros años. El propio Cosío Villegas publicó "El comercio del azúcar en el siglo XVI", ensayo escrito durante su estancia en la Universidad de Harvard para el curso del profesor Abbot P. Usher. De este último se publicó "El desarrollo de los bancos de depósito: 1300-1500", que se sumó a otras colaboraciones en el área de historia económica de Silvio Zavala, Armando Servín, Eduardo Arcila Farías, Jesús Silva Herzog y Carlos Bosch. El pensamiento económico fue otro tema que fue difundido a través de los artículos de *El Trimestre*. Se publicaron trabajos que versaron sobre los aportes de Hume, Senior Nassau, Alberto Struzzi, Saavedra Fajardo, Gustav Cassel y Alfred Marshall, entre otros.

Entre los autores más prolíficos en esta primera etapa destacaron Alfredo Lagunilla Iñarritu, Eduardo Hornedo, Ramón Fernández y Fernández, Javier Márquez, Víctor L. Urquidi, Jesús Silva Herzog, Emilio Alanís Patiño, Armando Servín y Raúl Ortiz Mena. Pese a la diversidad de los temas sobre los que escribieron, todos ellos presentaron en algún momento reflexiones sobre la economía mexicana. De este grupo es necesario destacar a Javier Márquez, joven economista perteneciente al exilio español, quien auxilió a Cosío Villegas tanto en la dirección de la sección de economía del Fondo de Cultura Económica como en la subdirección de esta casa editorial.

Lo que inició como una preocupación por dotar de textos en español a los estudiantes de economía y difundir los estudios económicos se convirtió con los años en una de las revistas de economía más prestigiadas en idioma español. Pero estos logros fueron posibles gracias al esfuerzo y visión de sus fundadores, Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor que a la calidad de los trabajos publicados sumaron la diversidad de enfoques y temas. Los cimientos, pues, fueron sólidos a pesar de que en 1934 *El Trimestre Económico* parecía una aventura arriesgada.

El Trimestre Económico como termómetro

 Sarah Babb

► Estos fragmentos provienen de *Proyecto: México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo, que apareció el año pasado en nuestra Sección de Obras de Sociología. Esta obra es un apasionante estudio de la transformación de una ciencia, una profesión y una actividad política: en esa lenta y definitiva metamorfosis, la economía en México ha recorrido un arco muy ancho, en el cual siempre ha sido protagonista El Trimestre Económico.*

El modelo teórico más importante para el desarrollo económico durante la posguerra en América Latina fue el de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de Naciones Unidas, que fue organizada en 1948 con sede en Santiago de Chile. El marco teórico de la CEPAL constituyó el ejemplo fundamental del tipo de escuela regionalmente específico de pensamiento económico que proliferó durante el régimen keynesiano de la posguerra. Según el modelo de la CEPAL, los países en vías de desarrollo se comportaban de acuerdo con un conjunto de reglas muy diferentes a las esbozadas por los teóricos económicos clásicos y neoclásicos. La teoría económica clásica aseguraba que un régimen de libre comercio internacional permitía que los países pobres y ricos por igual se beneficiaran de la capitalización de sus “ventajas comparativas”. En cambio, la CEPAL alegaba que en un régimen de libre comercio internacional los países del centro ganaban más que los periféricos, a causa del “deterioro en los términos de intercambio”: es decir, que un país periférico tendría que vender continuamente más de sus productos primarios en el mercado mundial para comprar el mis-

mo valor de bienes terminados. [...] La CEPAL argumentaba que los países periféricos podrían avanzar sólo si dejaban de depender de la exportación de materias primas y de la importación de productos industriales acabados. Por tanto, la industrialización de estos países no podía dejarse a los caprichos de los mercados libres, sino que necesitaba ser promovida a través de activas políticas gubernamentales dirigidas a proteger a las “industrias infantiles” de la competencia externa, junto con la protección de los salarios, a fin de mantener la demanda interna. [...]

Las prescripciones de política de la CEPAL y sus teóricos eran conocidas por los economistas y formuladores de políticas mexicanos del periodo de la posguerra. En 1944, Raúl Prebisch dio una importante serie de pláticas en el Banco de México y una conferencia en El Colegio de México. Prebisch utilizó por primera vez los famosos términos *centro* y *periferia* en una reunión de banqueros centrales latinoamericanos organizada por el Banco de México en la ciudad de México en 1946. [...] Sin embargo, quizá la mejor medida de la influencia intelectual de la CEPAL en México fue *El Trimestre Económico*, que durante los años cincuenta dio un notable giro *cepalino*. Durante la primera mitad de esa década, por ejemplo, Víctor Urquidí —que fungió como director del capítulo México de la CEPAL de 1951 a 1958— fue director de *El Trimestre*. Además de varios economistas gubernamentales importantes formados en el extranjero —entre ellos Edmundo Flores y Raúl Salinas Lozano—, el consejo editorial de la revista durante los años cincuenta incluyó a Raúl Prebisch, el líder intelectual de la CEPAL. Prebisch permaneció en el consejo editorial de *El Trimestre* hasta 1973. [...]

Sin embargo, en 1987, hubo cambios significativos en *El Trimestre*. Su dirección fue asumida por Carlos Bazdresch,

un graduado del Tecnológico de Monterrey que había seguido estudios superiores en Harvard y tenía vínculos con el gobierno de Carlos Salinas y con el Banco de México. Junto con el cambio en la dirección, hubo una revisión total del consejo editorial, que desde entonces ha estado dominado por economistas formados en Estados Unidos y, en una extraordinaria medida, por economistas asociados al ITAM. Desde 1987 hasta 1999, once diferentes economistas que se habían graduado o enseñaban en el ITAM pertenecieron al consejo editorial de *El Trimestre*, en contraste con dos graduados de la UNAM —los cuales habían estudiado en el extranjero— y un puñado de gente de otras instituciones —entre ellas, El Colegio de México y el CIDE—. Además, con el tiempo, el consejo editorial incluyó una proporción creciente de economistas académicos de tiempo completo en lugar de los funcionarios públicos de la primera fase de la ciencia económica mexicana.

Por supuesto, puede objetarse que *El Trimestre Económico* no refleja el estado de la profesión económica en México, sino más bien el estado del gobierno mexicano, que promueve y apoya una versión particular de ciencia económica. Sin embargo, el punto es precisamente que la ciencia económica y el gobierno mexicano están inextricablemente entrelazados. El perfil cambiante de *El Trimestre* refleja el hecho de que los recursos del gobierno han sido canalizados hacia la perpetuación y el fomento de una disciplina neoclásica al estilo estadounidense, manteniendo así a la profesión mexicana en su forma americanizada actual. Aunque el contenido teórico de la ciencia económica mexicana puede haber cambiado de manera impresionante con el tiempo, la clientela más activa e importante de la profesión sigue siendo la misma: el Estado mexicano.

Traducción de Ofelia Arruti



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• DIRECTORIO DE FILIALES •

mmichaus@fce.com.mx - ventasinternacionales@fce.com.mx
 Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.
 Tels.: 5227-4626, 5227-4628, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • Página en internet: <http://www.fondodeculturaeconomica.com>
 Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.
 Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ARGENTINA	BRASIL	COLOMBIA	CHILE
Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A. Alejandro Katz	Fondo de Cultura Económica Brasil, Ltda. Isaac Vinic	Fondo de Cultura Económica Ltda. (Colombia) Juan Camilo Sierra	Fondo de Cultura Económica Chile, S. A. Julio Sau Aguayo
Sede y almacén: El Salvador 5665 1414 Capital Federal, Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547 Fax: (5411) 47718977 ext. 19 fceak@attglobal.net info@fce.com.ar www.fce.com.ar	Sede, almacén y Librería Azteca: Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo CEP 05009-000 Brasil Tels.: (5511) 36723397 y 38641496 Fax: (5511) 38621803 aztecafondo@uol.com.br	Sede, almacén y librería: Carrera 16, 80-18 Barrio El Lago, Bogotá, Colombia Tel.: (571) 5312288 Fax: (571) 5311322 fondoc@cable.net.co www.fce.com.co	Sede, distribuidora y librería: Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile Tels.: (562) 6972644 6954843 • 6990189 y 6881630 Fax: (562) 6962329 jsau@fce.tie.cl fdechile@ctcinternet.cl distribucion@fce.tie.cl libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA	ESTADOS UNIDOS	GUATEMALA	PERÚ	VENEZUELA
Fondo de Cultura Económica de España, S. L. Juan Guillermo López	Fondo de Cultura Económica USA, Inc.	Fondo de Cultura Económica de Guatemala, S. A. Sagrario Castellanos	Fondo de Cultura Económica del Perú, S. A. Carlos Maza	Fondo de Cultura Económica de Venezuela, S. A. Pedro Juan Tucatz Zunino
Librería Juan Rulfo: C/Fernando El Católico, 86 Conjunto Residencial Galaxia Madrid, 28015, España Tels.: (34) 91 5432904 y 91 5432960 Fax: (34) 91 5498652 www.fcede.es jglopezfce@terra.es	Sede, almacén y librería: 2293 Verus St. San Diego, CA. 92154, Estados Unidos Tel.: (619) 4290455 Fax: (619) 4290827 bmireles@fceusa.com www.fceusa.com	Sede, almacén y librería: 6ª Avenida, 8-65, Zona 9 Guatemala, C. A. Tels.: (502) 3343351 3343354 • 3626563 3626539 y 3626562 Fax: (502) 3324213 scastellanos@fceguatemala.com vgil@ceguatemala.com hzavala@ceguatemala.com	Jirón Berlín 238, Miraflores, Lima, 18, Perú Tels.: (511) 2429448 4472848 y 2420559 Fax: (511) 4470760 carlosmazap@yahoo.com fce-peru@terra.com.pe	Sede y Librería Solano: Av. Francisco Solano entre la 2ª Av. de las Delicias y Calle Santos Ermini, Sabana Grande, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 7632710 Fax: (58212) 7632483 solanofc@cantv.net
Almacén: Vía de los Poblados, 17, Edificio Indubuilding-Goico 4-15, 28033, Madrid Tel.: 91 7632800/5044 Fax: 91 7635133 fcespvent@interbook.net			Librerías del FCE en Perú: * Berlín 238, Miraflores * Comandante Espinal 840, Miraflores * Jirón Julín 387, Trujillo	Librería Fondo de Cultura Económica: Edif. Torre Polar, P. B., local "E" Plaza Venezuela, Caracas, Venezuela Tel.: (58212) 5744753 Fax: (58212) 5747442

• NUESTRAS LIBRERÍAS •

ALFONSO REYES Carretera Picacho-Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, México, D. F., Tels.: 5227 4681 y 82	OCTAVIO PAZ Miguel Ángel de Quevedo 115, Col. Chimalistac, México, D. F., Tels.: 5480 1801 al 04	EN EL IPN Av. Politécnico esq. Wilfrido Massieu. Col. Zacatenco, México, D. F., Tels.: 5119 1192 y 2829	FRAY SERVANDO TERESA DE MIER Av. San Pedro 222, Col. Miravalle, Monterrey, N. L., Tels.: 8335 0319 y 71
DANIEL COSÍO VILLEGAS Avenida Universidad 985, Col. Del Valle, México, D. F., Tel.: 5524 8933	JUAN JOSÉ ARREOLA Eje Central Lázaro Cárdenas 24, esq. Venustiano Carranza, Centro Histórico, Tel.: 5518 3231	UN PASEO POR LOS LIBROS Pasaje Zócalo-Pino Suárez del Metro, Centro Histórico, México, D. F., Tels.: 5522 3016 y 78	JOSÉ LUIS MARTÍNEZ Av. Chapultepec Sur 198, Col. Americana, C. P. 44140, Guadalajara, Jalisco, Tels.: 3615 1214 con 10 líneas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

• ALGUNAS SUGERENCIAS DE NUESTRO CATÁLOGO •

• E. H. GOMBRICH

Los usos de las imágenes. Estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual
Colección Tezontle

Haciendo gala de enorme lucidez, Gombrich escribe de forma clara y directa, expone cuestiones abstractas y complejas sin hacer que sus lectores se pierdan en jergas y tecnicismos. Analiza algunos de los temas más polémicos y fundamentales en esta disciplina: ¿cómo y por qué se transforma y evoluciona el arte?, ¿qué significa la idea de “progreso” en el arte?, ¿se puede utilizar el arte como demostración de la existencia del “espíritu” de una época?



• JUAN GARCÍA PONCE

Obras reunidas II.
Edición del autor
Colección Obras reunidas

Este tomo de las *Obras reunidas* de Juan García Ponce comprende cuatro exponentes de su fecunda incursión en la *nouvelle*: *Figura de paja* (1964), *La presencia lejana* (1968), *La vida perdurable* (1970) y *El nombre olvidado* (1970). La narrativa breve —trátese de relatos o, como en este caso, de novelas cortas— ocupa un sitio preponderante dentro del *corpus* literario de García Ponce: es un vigoroso laboratorio creativo, un espacio de búsqueda, tránsito y concreción de formas estructurales y estilísticas.



• HERÓN PÉREZ MARTÍNEZ

Refranero mexicano
Colección Lengua y Estudios Literarios

La tradición iniciada en la segunda mitad del siglo XIV en España con el rabí Sem Tob y sus *Proverbios morales*, y seguida por los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* del marqués de Santillana, es el antecedente hispánico más antiguo del *Refranero mexicano*, obra que presenta los refranes acuñados en México y nacidos del sentir e idiosincrasia de los habitantes del país, así como algunos otros refranes que aunque provienen de otras culturas hoy forman parte del habla mexicana.

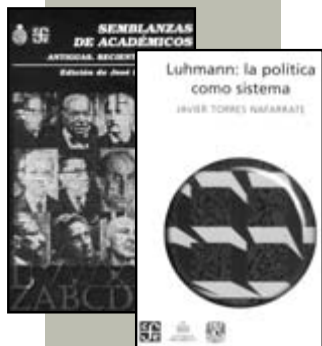


• JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Semblanzas de académicos, antiguas, recientes y nuevas
Colección Vida y Pensamiento de México

Con la edición de *Semblanzas de académicos*, José Luis Martínez culmina la obra de varias generaciones de estudiosos. Desde que en 1925 Alberto María Carreño escribió las primeras semblanzas para festejar el cincuentenario de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, los miembros de tan importante institución se han encargado de dar seguimiento a la vida y obra de sus integrantes.

Ahora, con motivo del aniversario 125 de la Academia, José Luis Martínez ha actualizado y corregido las biografías y bibliografías ya existentes. El resultado: 316 biobibliografías de los 196 académicos de la lengua ya fallecidos.



• R. G. COLLINGWOOD

Idea de la historia
Edición de Jan van der Dussen
Sección de Obras de Historia

Idea de la historia es resultado del trabajo póstumo de compilación y selección de los papeles de R. G. Collingwood, hecho por su discípulo el profesor T. M. Knox. La presente obra revisada incluye una lúcida introducción de Jan van der Dussen que explica la edición e interpretación que hiciera Knox, estudia la recepción de la historia y contextualiza el desarrollo de las ideas de Collingwood de acuerdo con las investigaciones más recientes.

• ISABEL FRAIRE

Kaleidoscopio insomne. Poesía reunida
Colección Letras Mexicanas

Leer la poesía de Fraire presupone rehacer la belleza, porque está ahí esperando ser descubierta. Su trabajo como poeta es incesante con el lenguaje, es la experimentación alquímica de las formas, de las sílabas, de los acentos, de los espacios, de los ritmos: poesía construida en varios niveles para su lectura. Sus temas abundan en los momentos más sensibles, la puesta del sol, la añoranza de una persona amada, la duda, el paso del tiempo, la expectación, el asombro...

• EULALIO FERRER

El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres
Prólogo de Miguel León Portilla
Colección Tezontle

Cimentado en una rigurosa indagación bibliográfica, este nuevo libro de Eulalio Ferrer destaca los orígenes de las primeras frases lapidarias, descubre la tradición griega de los epitafios y la influencia romana en éstos; repasa el lenguaje de la muerte en la Edad Media y el Renacimiento, así como la visión luminosa de los Siglos de Oro. Dedicó un apartado lúdico y revelador a la cultura mexicana, evaluando el sincretismo religioso y sus procesos históricos.

• JAVIER TORRES NAFARRATE

Luhmann: la política como sistema
Sección de Obras de Política y Derecho

Dos años después de la muerte de Niklas Luhmann se publicó en forma póstuma *La política de la sociedad*. A partir de los argumentos de dicha obra, y de las lecciones del curso de teoría política que su autor impartió pero que nunca dejó listo para su publicación, Javier Torres Nafarrate ha dado a conocer el presente libro, a la vez texto introductorio para quienes no se han adentrado por completo en la teoría del gran sociólogo alemán y rescate del pensamiento de uno de los grandes teóricos de nuestro tiempo.

Silvia Cherem

TRAZOS Y REVELACIONES

ENTREVISTAS A DIEZ ARTISTAS MEXICANOS

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
COLECCIÓN TEZONTLE



Gilberto Aceves Navarro • Leonora Carrington • José Luis Cuevas
• Manuel Felguérez •
Alberto Gironella • Roger von Gunten • Joy Laville • Vicente Rojo
• Juan Soriano • Francisco Toledo

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN GUADALAJARA:** Librería José Luis Martínez, Avenida Chapultepec Sur 198, Colonia Americana, Guadalajara, Jalisco, Tels.: (013) 3615 1214, con 10 líneas •

• **NUESTRA DELEGACIÓN EN MONTERREY:** Librería Fray Servando Teresa de Mier, Avenida San Pedro 222, Colonia Miravalle, Monterrey, Nuevo León, Tels.: (018) 8335 0371 y 8335 0319 •



ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Señores: sírvanse registrarme como suscriptor de *La Gaceta* por un año, a partir del mes de: _____

Nombre: _____
Domicilio: _____
Colonia: _____
Ciudad: _____ C. P.: _____
Estado: _____ País: _____
E-mail: _____

• **SUSCRIPCIONES NACIONALES:** Remitir cheque a favor del Fondo de Cultura Económica por costos de envío por la cantidad de \$150.00. O, en su caso, ficha de depósito al fax (55) 5449-1827. Este depósito deberá hacerse a la cuenta No. 155690686 de Banorte, sucursal 2110, Ajusco.
• **SUSCRIPCIONES AL EXTRANJERO:** Adjuntar giro postal o cheque por la cantidad de 45 dólares.

(Llene esta forma, recórtela y envíela a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco, 227; Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.)
www.fondodeculturaeconomica.com

